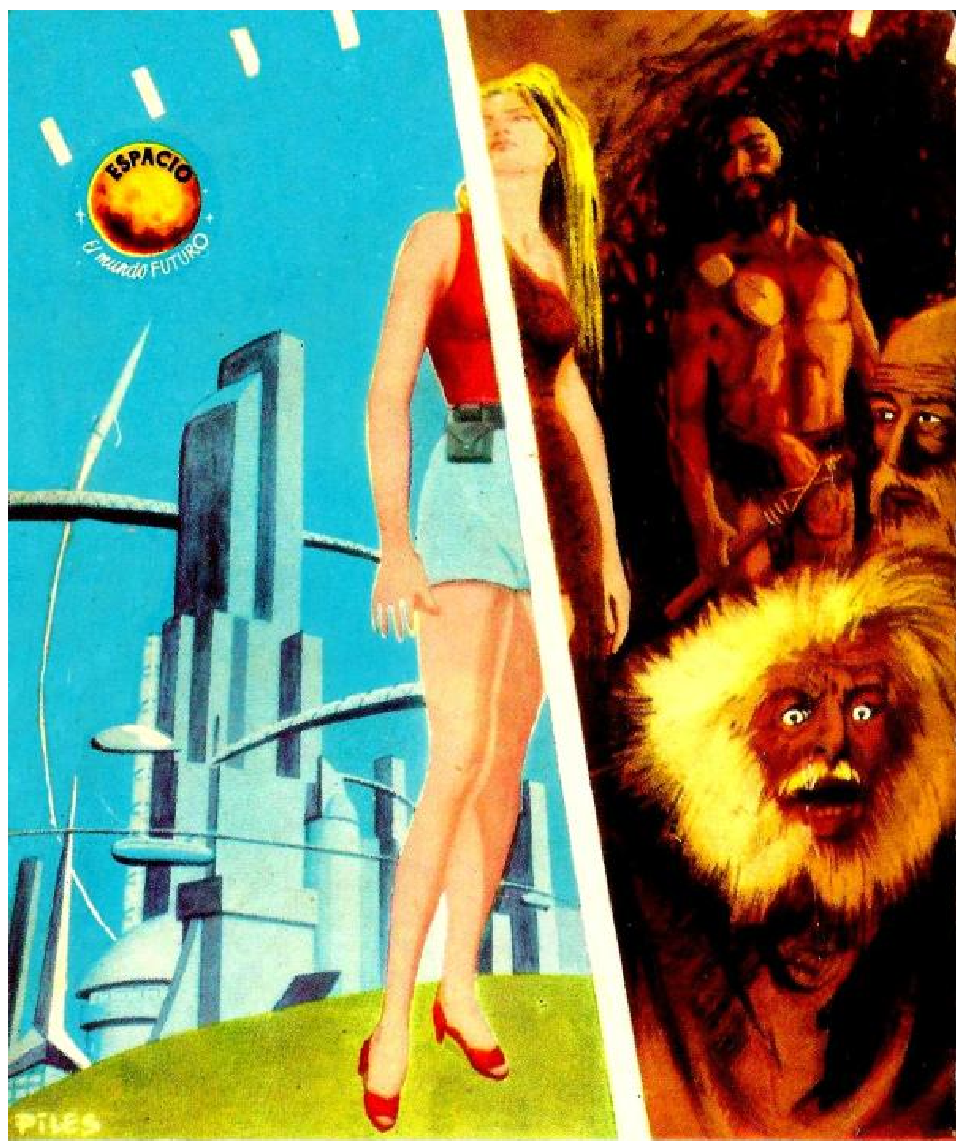


LAS AGUJAS DE LA ETERNIDAD

CLARK CARRADOS

Venían de Sirio, esa estrella blanca de luminosidad ligeramente superior a la del Sol y situada a una distancia de 8,7 años luz del sistema solar, la estrella más luminosa de la constelación del Can Mayor y una de las más típicas y brillantes del hemisferio boreal. No emplearon demasiado tiempo en llegar hasta nosotros; en realidad, emplearon el que les dio la gana. O les convino, vaya usted a saber.

Nunca dieron explicaciones de por qué, habiendo podido llegar a la Tierra siglos antes, se les ocurrió aparecer al principio del XXII. Vinieron en sus naves y eso fue todo, salvo que su llegada e intenciones resultaron eminentemente pacíficas.



Clark Carrados

Las agujas de la eternidad

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 297

ePub r1.0
Lds 27.03.19

Título original: *Título*
Clark Carrados, 1963
Cubierta: Piles
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Las AGUJAS de la ETERNIDAD



CAPÍTULO PRIMERO



omo todo el mundo sabe, los sirianos llegaron a nuestro planeta hará unos cincuenta años, aproximadamente.

Venían de Sirio, esa estrella blanca de luminosidad ligeramente superior a la del Sol y situada a una distancia de 8,7 años luz del sistema solar, la estrella más luminosa de la constelación del Can Mayor y una de las más típicas y brillantes del hemisferio boreal. No emplearon demasiado tiempo en llegar hasta nosotros; en realidad, emplearon el que les dio la gana. O les convino, vaya usted a saber.

Nunca dieron explicaciones de por qué, habiendo podido llegar a la Tierra siglos antes, se les ocurrió aparecer al principio del XXII. Vinieron en sus naves y eso fue todo, salvo que su llegada e intenciones resultaron eminentemente pacíficas.

De un golpe quedaron borradas todas las fantasías y suposiciones establecidas por los terrestres a lo largo de incontables

años. Los sirianos no tenían tres ojos, cuatro brazos y seis patas. Tampoco devoraban a los niños ni, para alimentarse, introducían una trompa aspiradora en el suelo y absorbían directamente los elementos minerales. Nada de eso.

Eran, simplemente, personas como usted y como yo. Ni más altos ni más bajos que cualquier terrestre; vamos, como si hubiesen nacido en cualquier pueblo de la Tierra. Incluso hasta eran, por término medio, más guapos que nosotros.

Sobre todo, las sirianas. Cuando las mujeres de Sirio tomaron gusto a las diversiones de la Tierra, aquello resultó una invasión proliferante y espectacular. Pareció como si de repente se hubiese desencadenado sobre la tierra una inundación de hadas, muy someramente vestidas, con el cabello de todos los tonos: blanco pajizo, rubio, moreno, rojo; con pupilas ardientes y sugeridoras y esculturas capaces de dar envidia a la mismísima Afrodita rediviva.

Cuando las sirenas empezaron a encontrarle gusto a nuestro planeta, repito, se produjo la invisión. De golpe, las nórdicas e inglesas que todos los años se desperdigaban desde Gibraltar hasta El Pireo, se quedaron sin su «latin lover» correspondiente. Desde El Pireo hasta Gibraltar, los donjuanes mediterráneos se dedicaron a las sirianas con ardoroso entusiasmo, entusiasmo compartido por las interesadas, ansiosas de comparar la capacidad pasional de unos y otros. Vencieron los mediterráneos, por descontado:

Pero esto no fue sino una mínima incidencia, resultado de la llegada de los sirianos a nuestro sistema, comparado con los beneficios que nos reportaron. Claro está que ellos se aprovecharon también de algunos de nuestros descubrimientos; sería pueril negar que, porque ellos conocían el medio de viajar a través de los espacios interestelares, eran infinitamente superiores a nosotros. También ellos tenían algo que aprender, desde luego.

Sin embargo, trajeron algo que no teníamos. Podían trasladarse por el espacio a velocidades inconmensurablemente superiores a la de la luz. Cómo rompieron la barrera einsteniana de los
300 000 Km
/seg., es algo que jamás se ha sabido; nunca han sido muy explícitos sobre el particular. Prácticamente, han compartido con nosotros todos sus secretos, menos ése precisamente.

Claro está, ellos no habían oído hablar de Einstein ni de sus

famosas fórmulas. Si alguna vez tropezaron con la barrera de la luz, no lo sabemos; la salvaban cómo, dónde y cuándo querían, como quien dice, y eso fue todo cuanto pudimos saber, nosotros, los terrestres.

El secreto de viajar mucho más rápidamente que la luz consistía en una especie de cilindro de brillante metal blanco que todas sus naves llevaban adosado sobre el panel del cuadro de mandos. El cilindro era poco mayor que un baúl mundo y estaba unido al cuadro de pilotaje por media docena de cables forrados de materia aislante.

Los sirianos vendían el aparatito a cualquiera que poseyese el suficiente dinero para pagarlo. Eran pacíficos, lo cual no excluía en ellos un óptimo sentido del negocio. Un fenicio se habría sentido avergonzado al lado de un siriano. Así, pues, cualquiera que poseía una astronave común y corriente y tenía suficiente capital para pagar el artefacto, podía ir y venir a su antojo por las estrellas, sin que nadie se lo impidiese.

Oh, sí, claro; en los primeros tiempos, se produjeron bastantes catástrofes. Los astronautas eran inexpertos y hubo quien, sin controlar bien su nave, se zambulló de cabeza en la hirviente cromosfera de alguna estrella o se volatizó al estrellarse contra el suelo de algún planeta. Esto era el tributo inevitable a todo adelanto; si mal no recuerdo, ya en 1898, a finales del siglo XIX se produjo la primera muerte por atropello de automóvil. ¿Por qué iba a suceder de modo distinto con las astronaves interestelares?

Pero cincuenta años son muchos y, en este tiempo, los terrestres aprendieron bien y rápidamente. Los viajes a las estrellas, los descubrimientos y colonizaciones de nuevos planetas se hicieron cosa común y corriente y pronto quedaron abandonadas las ciudades que habíamos fundado en los planetas inhóspitos de nuestro sistema solar. Ya no resultaba rentable y, sobre todo cómodo, vivir en una ciudad, bajo cúpulas transparentes, con atmósfera acondicionada y demás zarandajas. Cuando, por decirlo así, teníamos decenas de planetas tipo Tierra al alcance de nuestra mano, planetas vírgenes, alumbrados por soles inextinguibles, con rico suelo, vegetación exuberante y animales en abundancia, era estúpido vivir en condiciones tan desagradables. Salvo algunas colonias en donde se explotaban las minas que nos surtían de

metales y minerales estratégicos, Venus, Marte y los demás planetas no tardaron en quedar abandonados.

Y la población de la Tierra; que ya resultaba de un número agobiante, disminuyó, con gran alivio del gobierno. Todos los días partían expediciones de colonos hacia planetas donde para vivir apenas era preciso otro esfuerzo que alargar la mano y coger lo que era necesario. Se restableció el equilibrio biológico y demográfico, seriamente amenazado por el constante incremento de población, desaparecieron la tensión y las amenazas de conflicto bélico y el planeta entró en una era casi idílica, paradisíaca.

Entonces fue cuando, a un terrestre se le ocurrió nada menos que la tremenda idea de inventar una máquina del tiempo.

Ese terrestre estaba un poco chiflado y, todo hay que decirlo, era un buen amigo mío. Veamos, pues, lo que sucedió, cuando vino a visitarme con ánimo de exponer sus ideas a mi crítica.

Pero esto merece capítulo aparte. Pasemos la hoja.

CAPÍTULO II



upper era un individuo de aspecto corriente, ni alto, ni bajo, de una edad comprendida entre los treinta y los cuarenta años, soltero y con todo el aire de un empleado en la Coordinación de Viajes Interestelares u otro cualquiera de los numerosos organismos terrestres. Pero, en realidad, era un buen muchacho, con numerosos éxitos amorosos en su haber, éxitos de los cuales no se vanagloriaba y que ciertamente no se debían a la inmensa fortuna que había heredado de su padre, uno de los primeros terrestres que establecieron contactos comerciales con los sirianos.

Por aquel entonces, yo disfrutaba de unas bien merecidas vacaciones. El que parecía un empleadillo era Jan Supper, pero el que se ganaba la vida en una oficina era yo, pese a nuestros aspectos tan dispares. Yo peso unos ochenta y cinco kilos, mido casi uno noventa y, a veces, para divertirme, retuerzo una herradura con las manos. Sin embargo, me veo obligado a ganarme el sustento

archivando y desarchivando expedientes. Lo que son las cosas de la vida.

Jan Supper y yo nos conocíamos de los tiempos universitarios. Algunos de los estudiantes habían intentado meterse con él a causa del, en aquella época, anémico aspecto de mi amigo, pero pronto les había disuadido yo de la conveniencia de dedicar sus esfuerzos a los libros en lugar de reírse de Jan. Como consecuencia de ello, se había establecido entre nosotros una sólida corriente de amistad, que no se había disipado con el tiempo, casi quince años, ni con la distancia. Jan vivía en una magnífica mansión en pleno desierto de Atizona, en tanto que yo, por necesidades de mi trabajo, me veía obligado a residir en el ahora llamado Gran Nueva York.

Como digo, estaba disfrutando de mis vacaciones. Bueno, acababa, de empezarlas y no sabía todavía dónde ir. Estaba dudando entre una temporada de reposo en las faldas del Himalaya o sumirme en la vorágine de alguna playa mediterránea, cuando apareció Jan Supper.

Su visita me alegró, naturalmente. Hacía ya bastantes años que no nos veíamos y durante un buen rato estuvimos charlando de tiempos ya pasados, sentados frente a frente, y con una mesa bien provista de bebidas entre los dos.

No fue hasta pasado un buen rato cuando empecé a notar cierta reticencia en la actitud de mi amigo. Me pareció que quería decirme algo y que no se atrevía. Se lo dije así y asintió.

—En efecto, Alois, pero temo que vayas a tomarme por un chiflado —contestó.

—Bueno, expón lo que sea sin rodeos. Ya sabes que entre los dos hay confianza, ¿no?

Jan se retorció las manos. Bebió un par de tragos y luego me lo espetó.

—Alois, creo que he descubierto el modo de viajar a través del tiempo.

Lo miró con aire de sospecha. ¡Viajar a través de las edades! ¡Qué absurdo!

—¿Estás seguro? —pregunté, no obstante, con toda cortesía.

—Sí… es decir, creo que sí.

—No me irás a decir que has inventado una máquina del tiempo. O, por hablar como los autores de novelas fantásticas, un

cronomóvil.

Jan sacudió la cabeza.

—No, no he inventado esa máquina. En realidad, existe desde que los sirianos vinieron a nuestro planeta.

—Bueno —dije— ya sabemos que viajan por el espacio a una velocidad cientos de veces superior a la de la luz. Pero eso no es obstáculo para…

—Escucha —me interrumpió Jan—, ¿puedes decirme para qué puede servir un cronomóvil?

—Bien, supongo que para conocer acontecimientos que se van a producir o estudiar otros que ya sucedieron, todo ello de modo directo, es decir, «sobre el terreno».

Jan extendió su mano derecha con ademán de triunfo.

—¡Exactamente, Alois, exactamente! —clamó con tono jubiloso —. Para eso sirve un cronomóvil, tú acabas de definirlo con toda precisión.

—De acuerdo, y ahora, ¿por qué no te explicas un poco mejor?

Se puso en pie. Empezó a pasearse por la habitación, mientras yo encendía un cigarrillo con toda parsimonia. Dejé que se concentrara y se tranquilizase; lo veía bastante excitado.

De pronto se detuvo.

—Escucha, Alois, el hombre, en sí, es ya una máquina del tiempo. Bueno —sonrió forzadamente—, no es exacto, pero más que nada, quiero hacerte, antes de seguir adelante, una especie de símil para que comprendas mejor mis propósitos.

»Supón —prosiguió— que te encuentras a la orilla de un arroyo que fluye mansamente, a una velocidad de, pongamos por ejemplo, ocho kilómetros a la hora. Ese arroyo desemboca en un estanque situado a unos cien metros del lugar en que te hayas. Naturalmente, tú puedes caminar por su orilla más despacio, al mismo tiempo y más rápido que dicho arroyo, ¿comprendes?

»Ahora bien, imagínate que arrojas a la corriente un trozo de madera. La madera flota y es arrastrada hacia el estanque. Si caminas más aprisa que la corriente, pongamos a doce kilómetros por hora, velocidad fácil de alcanzar por una persona en un trecho tan corto, llegarás al estanque antes que la madera, es decir, antes de que el acontecimiento se produzca. Tú sabes positivamente que ese trozo de madera ha de llegar al estanque porque te has

anticipado al hecho. ¿Me vas comprendiendo?

—Hasta ahora, sí, aunque no alcanzo a ver las consecuencias remotas de semejante acción.

—Espera. —Hizo un gesto nervioso; se sirvió más bebida y encendió un cigarrillo, cuyo humo aspiró con vehemencia—. Ahora, supongamos que vuelves a lanzar el mismo fragmento de madera, pero, en lugar de caminar a doce kilómetros por hora, lo haces a cuatro tan sólo. La madera llegará al estanque antes que tú, ¿no es eso?

—Claro.

—Luego, cuando tú llegues al estanque, el acontecimiento ya se habrá producido. Es decir, que es un hecho ya sucedido, ya viejo en el tiempo. ¿Lo ves así?

—Sí, desde luego. La explicación parece diáfana.

Y si camino a ocho kilómetros a la hora, el trozo de tabla y yo llegaremos al estanque al mismo tiempo.

—Lo cual significa que os moveríais en el mismo plano temporal.

—Bueno, también es cierto, pero…, dime, ¿dónde está el arroyo y dónde está el pedazo de madera que piensas lanzar?

Jan Supper se volvió de pronto hacia la ventana y señaló al cielo.

—¡Ahí! —exclamó con voz tonante—. Ahí, en el espacio. El espacio será el arroyo… y tú y yo los trozos de madera que alguien lanzará a la corriente.

Pegué un bote en el asiento.

—¡Rayos, Jan! ¿Es que piensas hacerme viajar contigo a través de un calendario?

Sus ojos fulguraban.

—¿No te gustaría correr una aventura semejante? Escucha, Alois Turner, estás viviendo una existencia poco menos que de autómata. Yo te ofrezco la posibilidad de escapar a esa rutina para convertirte en un hombre célebre, acaso rico, pero, en todo caso, nombrado por billones de bocas. ¿No te ilusiona la fama?

—Me ilusiona más conservar mi pellejo en buen estado —refunfuñé—. En primer lugar, ¿has construido ya el cronomóvil? Y, en segundo, ¿funcionará?

—Las dos preguntas tienen una sola respuesta. —Contestó Jan

con toda la expresión de un iluminado—: Sí.

Volví a beber. Siempre había considerado a Jan un poco tocado de la «azotea», pero, en aquellos momentos, mis sospechas estaban a punto de convertirse en certidumbre.

No obstante, me dije que había que seguirle la corriente, darle cuerda para que él mismo se ahorcase.

Antes de comprometerme a nada, prefería ver en qué paraba todo aquello.

—Bueno, dime dónde tienes el cronomóvil.

—En mi casa de Arizona. Es un astroyate con motores interestelares. He realizado numerosos viajes a Sirio y sus planetas y, modestia aparte, lo manejo de manera consumada.

—¿Un astroyate? —exclamé atónito—. ¿Pretendes que un aparato como ése pueda viajar a través del tiempo?

—¡Claro! ¿Qué te crees? Oye, los sirianos que vienen a visitamos, son seres que ahora, «hoy», están muertos. Murieron hace ya doscientos o trescientos años, pero al desplazarse en sus naves, pasan a otro plano temporal. Cuando vienen hacia la Tierra, viajan hacia el futuro. Cuando vuelven a su sistema, «regresan» al pasado. Nosotros somos futuro para ellos y ellos, a su vez, son pasado para nosotros.

La revelación me dejó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, cuando, al cabo, pude articular las palabras.

—Sería largo de contar. Ellos no lo dicen; es un secreto celosamente guardado, tanto como los mecanismos de su motor interestelar. Ignoro, como ignoramos todos, las causas por las cuales no hablan de esas dos cosas, pero yo lo he deducido tras largas observaciones que, sobre ser demasiadas para enumerarlas aquí, no tienen aplicación práctica en nuestro caso concreto.

Me pasé la mano por la cara.

—Así que cuando uno flirtea con una siriana despampanante, resulta que se divierte con una chica que en realidad ya murió hace cien o doscientos años.

—Si pudieras trasladarte a su planeta instantáneamente, sería eso lo que sucedería. Pero, por mucha rapidez a que vueles, nunca podrás alcanzar la velocidad del pensamiento. Te digo esto, porque se tarda, como sabes, alrededor de un mes en llegar a Sirio. Sí, es

cierto que sus naves pueden volar hasta a dos mil veces la velocidad de la luz, pero no conozco todavía ningún vehículo que no precise de un tiempo prudencial para acelerar y decelerar. Es aquí donde se pierde casi todo el tiempo que se emplea en el trayecto, ¿comprendes? Si no fuese por esos períodos, de aceleración y deceleración, el viaje, a mil veces la velocidad de la luz, nos costaría tan sólo tres días de aquí a Sirio.

—Sí —manifesté—, tus cálculos son correctos. Ahora bien, dime, ¿qué tiene esto que ver con tu cronomóvil? Si vamos a Sirio, llegaremos a una época que está retrasada respecto de la nuestra en un par de siglos, más o menos. Pero como no podemos llegar «hoy» para saber lo que pasa en la actualidad, no comprendo para qué quieres usar tu…

Levantó su mano y me impuso silencio.

—Basta de objeciones, Alois Turner —dijo con tono doctoral—. No me interesan los sucesos que ocurrieron o puedan ocurrir en Sirio, sino los que pasaron o van a pasar en nuestro planeta.

Abrí la boca una vez más. A pesar de tantas explicaciones, no acababa de entender en absoluto adonde quería ir a parar mi amigo.

Una vez más serví licores y cigarrillos. Si aquella conversación duraba mucho, íbamos a acabar rodando por la alfombra.

Jan se sentó frente a mí.

—Recuerda el símil del arroyo y el fragmento de madera, Alois —dijo—. Es fundamental para lo que tengo que contarte ahora, ¿estamos?

Asentí en silencio. Supper continuó:

—La Tierra será el punto donde tú lanzas el trozo de madera a la corriente. La corriente está representada por la órbita de nuestro planeta en torno al Sol y el fragmento de madera seremos tú y yo en mi astroyate.

La luz empezó a hacerse en mi cerebro. Pero seguí escuchando a Jan con fascinada atención.

—Ahora, imagínate que despegamos en mi astroyate y volamos por el espacio a pocos miles de kilómetros de la Tierra, pero siempre conservando la misma distancia y, sensiblemente por tanto, la misma órbita. Es decir, caminamos paralelamente al fragmento de madera y, por lo tanto, en el mismo plano temporal.

»De pronto, lanzo mi astroyate hacia adelante a toda velocidad, precediendo a la Tierra, pero, como digo, siguiendo rigurosamente su misma órbita. Ya sabes que ésta mide novecientos treinta y nueve millones ciento veinte kilómetros y que la recorre en el espacio de un año, tiempo que invierte nuestro planeta en dar una vuelta completa alrededor del Sol. Voy aumentando la velocidad de la nave hasta alcanzar la de la luz, o sea, los trescientos mil kilómetros por segundo. Si no existiera el correspondiente período de aceleración recorreríamos esa órbita en cincuenta y dos minutos trece segundos, es decir, que mientras nosotros habíamos recorrido ésos casi mil millones de kilómetros en menos de una hora, la Tierra, orbitando tan sólo a veintinueve kilómetros ochocientos metros por segundo, habría recorrido únicamente la exigua cifra de novecientos treinta y dos mil setecientos treinta y cuatro kilómetros.

—Eso significa qué alcanzaríamos a la Tierra antes de haberse cumplido la vigesimocuarta, parte de un día.

Exactamente —confirmó mi amigo—. En tan breve espacio de tiempo, habríamos recorrido el correspondiente a un año. Y lo recorreremos, una vez hayamos alcanzado la velocidad deseada, previo el período conveniente de aceleración. Orbitando por delante de la Tierra, la alcanzaríamos y rebasaríamos cuantas veces creyéramos conveniente, adelantándonos así al tiempo y, por tanto, a los acontecimientos. Si orbitamos diez veces antes de detenemos, llegaríamos a nuestro planeta en un tiempo superior al nuestro en diez años.

«Hablo de la velocidad de la luz, pero ya sabes que podríamos rebasarla fácilmente muchas veces. Tan sólo a diez veces más, recorreríamos la órbita terrestre en cinco minutos y cuarto, lo cual nos permitiría, tras mantenernos en el espacio varios días, alcanzar una época situada a dos, tres o cuatrocientos años por delante de nosotros. Todo depende de nuestros deseos y conveniencias, ¿comprendes?».

Me sentí mareado. Las explicaciones de Jan Supper eran absolutamente lógicas y sensatas. Sencillamente: el que viaja delante de un tren de pasajeros a doble velocidad, llegará a la próxima estación en la mitad del tiempo. E, inversamente, viajando a la mitad de la velocidad, tardará en llegar a esa estación el doble

de tiempo. Así de sencilla era la idea de Jan Supper.

Mi amigo sonrió.

—Veo que vas comprendiendo, Alois. ¿Qué, te gustaría conocer cómo va a estar nuestro planeta dentro de cuatrocientos años? ¿O bien te apetece la idea de ser testigo directo de la batalla de Waterloo?

Liquidé mi vaso de un trago. Me puse en pie y grité:

—¡Jan, vámonos a Waterloo!

CAPÍTULO III



a cosa, sin embargo, no era tan sencilla como parecía.

Paradójicamente, uno de los principales elementos que debíamos tener en cuenta en nuestros cronoviajes, era el espacio que íbamos a recorrer. En efecto, en el momento en que empezásemos a superar la velocidad orbital del planeta, habíamos de tener muy en cuenta el espacio recorrido, así como la velocidad empleada, a fin de calcular con toda exactitud el tiempo a que nos trasladábamos. Esto debía ser objeto de cálculos delicadísimos, que yo no me hallaba en situación de afrontar, dicho sea con toda sinceridad.

Jan Supper suplió él inconveniente, adquiriendo una computadora electrónica, que se hizo enviar a su rancho de Arizona. La máquina nos diría, sin lugar a dudas, el espacio recorrido y el tiempo empleado. Por simple deducción, pues, sabríamos después la época en que nos hallábamos.

Ahorraré detalles de nuestro viaje desde Gran Nueva York al

rancho de mi amigo. La hacienda estaba situada en pleno desierto, en uno de los parajes más selváticos y agrestes que jamás he contemplado. Aunque a nuestro alrededor se extendían millas y millas de terreno árido e inhóspito, sin una sola gota de agua, en torno al edificio había crecido una vegetación lujuriante, merced al agua suministrada por dos pozos perforados en el corazón de la roca viva y que aseguraban un suministro constante e inagotable. Un lugar ideal para vivir en el más completo retiro, sin las horrendas molestias que impone la existencia en una gran aglomeración urbana.

El astroyate de mi amigo se hallaba en la parte posterior del rancho, en un claro del enorme jardín que lo rodeaba. Siempre he sospechado que uno de los elementos que mueven las naves sirianas es la gravedad, usada positiva o negativamente. Como sea, los sirianos no han dado nunca muchas explicaciones sobre el particular, creo haber ya dicho algo sobre ello. Es como si a un salvaje se le enseñara a conducir un automóvil; pero sin explicarle en absoluto la forma de actuar de un motor de explosión ni mucho menos la composición química de la gasolina. Algo de eso sucedía con nosotros…, pero no tiene apenas importancia en el desarrollo ulterior de esta historia. Podíamos viajar mil veces más rápidos que la luz y esto era lo realmente interesante para nosotros.

El dinero de Supper obró mil maravillas. Un equipo de técnicos vino acompañando a la computadora, que en pocos días fue instalada y montada en el astroyate. El jefe del equipo, un ingeniero de edad madura, nos enseñó a mi amigo y a mí el manejo del instrumento. Jan poseía un cerebro semejante a una esponja y en cuanto a mí, bien, no he sido nunca una acémila. En pocos días, pues, estuvimos en condiciones de manejar la computadora.

Cuando todo estuvo terminado, el equipo se marchó, no sin llevarse un sustancioso cheque como compensación a sus desvelos. Y entonces nos quedamos solos Jan y yo.

Jan dijo:

—Bien, ¿cuándo partimos?

Contemplé el astroyate, un aparato de forma lenticular, de unos quince metros de diámetro por cinco o seis de grueso, sustentado, mientras se hallaba posado en el suelo, por un trípode de patas replegables. Aquel artefacto iba a ser nuestro cronomóvil, el

vehículo que nos iba a transportar al futuro —o al pasado—, según eligiéramos.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunté a mi vez.

—Yo creo que debemos ir hacia el futuro —respondió Jan—. Mira, Alois, conocemos ya lo que sucedió en el pasado por los libros de historia. Desde luego, sería interesante conocer de *visu* lo ocurrido; con toda seguridad, muchas de las teorías sustentadas por los historiadores se irían a paseo. Y también sería agradable ver lo que ocurría en la prehistoria de nuestro planeta. Pero todo esto es más o menos sabido. En cambio, ignoramos lo que nos ocurrirá en el futuro. Sería interesante conocer cómo será la vida en el planeta dentro de dos o tres siglos por ejemplo, ¿no crees?

Asentí con la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo —expresé—. Ahora bien, ¿cuánto tiempo tardaremos en llegar al siglo XXV? Son trescientos años, es decir, trescientas órbitas en torno al sol.

—Bien, el medio es sencillo. La computadora nos lo irá marcando a medida que viajamos. El piloto automático mantendrá la nave en una órbita constante y paralela a la del planeta. Calculando luego el tiempo invertido en esas trescientas órbitas, podremos saber con toda facilidad cuándo es el momento de regresar de nuevo al planeta.

—Conforme —dije—. ¿Hay provisiones suficientes en la nave?

—Podemos vivir un año en su interior sin necesidad de reabastecernos —afirmó mi amigo con tono concluyente.

—Entonces, ¡en marcha!

Subimos al aparato. Atravesamos un pequeño corredor, a ambos lados del cual había dos puertas que daban a sendos camarotes, dotados de dos literas cada uno, provistos de sus correspondientes servidos higiénicos, y llegamos a la sala de mandos, una espaciosa pieza de cinco o seis metros de diámetro, que servía también, en uno de sus lados, de comedor y cuarto de estar durante los viajes por el espacio. En el momento actual sólo había dos sillones a la vista: los situados frente al cuadro de pilotaje. El mobiliario restante se escondía en el suelo y paredes cuando no se utilizaba, a fin de permitir espacio suficiente.

El techo era una gran cúpula transparente que permitía un esplendoroso ángulo de visión. Sobre el cuadro de mandos estaba el

aparato que permitía los viajes a las estrellas: un cilindro de metal blanco brillante, de metro y medio de largo por unos sesenta o setenta centímetros de grueso.

Nadie había sabido jamás lo que contenía aquel misterioso cilindro. Todas las tentativas encaminadas a descubrir su secreto habían fracasado miserablemente. El metal podía fundirse con facilidad, incluso cortarse con un par de buenas cizallas de acero; pero en cuanto se rompía aquel envolvente, todo cuanto había en su interior se quemaba, despidiendo un humo espeso y de un olor inaguantable, y se fundían irremisiblemente los desconocidos artefactos que había en su interior. Una y otra vez se había tratado de conocer los misterios del enigmático cilindro, pero, como digo, siempre el resultado fue siempre el mismo. Los sirianos estaban dispuestos a vendernos cuantos aparatos de aquella clase pudiéramos comprarles, pero no a compartir su secreto con nosotros. Al fin, habíamos tenido que dejarlo por imposible.

Jan y yo tomamos asiento en nuestros respectivos sillones, construidos de una sustancia parecida a la espuma de caucho, fácilmente amoldable a la anatomía individual. Nos sujetamos con las correas, hecho lo cual, mi amigo empezó a manipular en el «piano», nombre con que se conoce en el argot de los astronautas el cuadro de instrumentos.

El aparato despegó con suavidad. La Tierra se alejó raudamente de nosotros. Jan replegó las patas del tren y aceleró. En pocos minutos estuvimos en la alta atmósfera. Un cuarto de hora más tarde nos hallábamos en el espacio.

Jan equiparó la órbita del astroyate a la de la Tierra, que flotaba en el espacio a una distancia de cuarenta y cinco mil kilómetros aproximadamente. Luego empezó a tomar notas y datos para la computadora. En aquellos instantes, orbitábamos a veintinueve kilómetros ochocientos metros por minuto.

Durante un buen rato, Jan estuvo facilitando datos a la computadora. Cuando tuvo la respuesta, ajustó los mandos del piloto automático.

—Ya está dijo satisfecho. —Ahora volaremos en una órbita paralela a la de nuestro planeta, pero ganándole en velocidad continuamente—. Me miró unos instantes, con la mano puesta en el acelerador lumínico: —¿Vamos allá?

Tragué saliva. No sólo era mi primer viaje por el espacio, sino que, además, iba a serlo por el tiempo. El momento tenía su emoción, todo hay que confesarlo.

—Vamos —contesté con voz ronca.

Jan pulsó el acelerador. La nave comenzó a ganar velocidad.

En pocos momentos doblamos la del planeta. Orbitábamos ya a casi sesenta kilómetros por segundo. La Tierra empezó a quedar por detrás de nosotros, disminuyendo con gran rapidez de tamaño, puesto que nuestra nave aceleraba continuamente.

El neutralizador de gravedades suprimía los desastrosos efectos de la alta aceleración. Nuestra velocidad iba en aumento a cada segundo que transcurría. Yo tenía la vista fija en la esfera indicadora de marcha; las cifras desfilaban ante mis ojos con inusitada rapidez.

Una hora después de nuestra partida, apareció ante mis ojos la cifra diez mil. Esto significaba que nuestra velocidad era ya de diez mil kilómetros por segundo. Cuando hubiésemos alcanzado una, treinta veces superior, habríamos llegado a la velocidad de la luz.

El tiempo transcurrió con exasperante lentitud. Mientras tanto, y ya un poco tranquilizado, me dediqué a contemplar el inenarrable espectáculo del Universo visto a ojo desnudo y sin el abominable velo de nuestra atmósfera. Un telón de negro terciopelo, punteado por billones y billones de resplandecientes luminarias de todos los colores, aparecía ante mis pupilas, constituyendo el más fascinador espectáculo que jamás, le ha sido dado al hombre contemplar.

Dos horas después, apareció la cifra cien mil en la esfera. Nuestra velocidad, en aquel momento, era un tercio de la de la luz.

El indicador de distancias marcó los trescientos millones de kilómetros, lo cual significaba que habíamos recorrido en tan corto espacio de tiempo casi la tercera parte de la órbita terrestre. Puesto que habíamos partido en agosto, Habíamos adelantado por tanto cuatro meses al calendario, lo cual quería decir que en aquellos momentos se disponían a celebrar las Navidades en la Tierra.

A las seis horas de nuestra partida, alcanzamos la velocidad de la luz o, para abreviar V/L. Lo supimos por el repentino oscurecimiento de las estrellas. Naturalmente, viajando a la misma velocidad que la luz, ésta no podía alcanzarnos. A partir de aquel momento, era preciso consultar las indicaciones de otra esfera, en la

cual los kilómetros serían sustituidos por una cifra delante de las dos iniciales mencionadas.

En el momento de alcanzar la primera V/L, habíamos recorrido ya casi dos órbitas, lo cual significaba que habíamos adelantado dos años en el tiempo a nuestro planeta… si las cosas salían como realmente las había planeado mi amigo.

Entonces y antes de seguir adelante, celebramos un pequeño consejo de guerra.

—Bueno —dijo Supper—, ya orbitamos a la velocidad de la luz. ¿Qué te parece que hagamos?

—Tú eres el comandante de la nave —respondí—. A ti te corresponde tomar las decisiones.

—Pero esto no impide que tú me des algunos consejos, Alois.

Me rasqué la mejilla con el pulgar.

—¿Cuánto tiempo tardamos ahora en recorrer una órbita terrestre?

—Cincuenta y dos minutos y trece segundos —contestó sin vacilar.

—Bien, ¿ya qué año quieres trasladarte?

—Antes dije al siglo XXV, Alois —contestó Jan—. He reflexionado un poco y me parece que sería mejor llegar un poco más lejos. El siglo XXV está todavía un poco cercano, ¿no crees?

—¿Cuál, entonces? ¿El XXVII? Esto son quinientos años de diferencia con nuestra época.

—Es una buena cifra —aprobó Jan—. Medio milenio. Sí, es lo mejor, Alois.

—Bien, entonces creo que podremos volar a veinte V/L, lo que quiere decir que recorreremos una órbita terrestre en un tiempo de dos minutos y sesenta segundos, aproximadamente.

—Y como llevamos ya dos órbitas, lo que equivale a otros tantos años… —Jan se enfrascó en una serie de cálculos mentales—. Sí, nos costará un poco más de dos horas llegar al siglo XXVII. Luego, tendremos que emplear otro tanto de tiempo en el período de deceleración… Nos quedan todavía doce horas antes de desembarcar en nuestro futuro, Alois. ¿Por qué no descansamos un poco?

—Excelente idea —aprobé.

Jan manejó los controles, situándolos en «automático», de modo

que cesase la aceleración cuando llegara a la cifra 20 V/L. Después tomamos un bocado y, cuando terminamos, nos echamos en nuestras respectivas literas.

Doce horas más tarde, habíamos llegado al siglo XXVII. Estábamos, pues, en el año 2672.

CAPÍTULO IV



onfieso que cuando la nave posó sus patas en tierra, sentía en mi cuerpo un hormigueo nada tranquilizador. Había llegado el momento de comprobar las teorías de mi amigo y saber si, después de haber recorrido por el firmamento una cantidad de espacio equivalente a quinientas órbitas terrestres, estábamos en el siglo XXVII o, por el contrario, no había pasado nada y seguíamos en nuestra era.

Sin salir todavía del aparato, miramos a nuestro alrededor. Nos hallábamos en el centro de un gran claro, en medio de una espesa selva con reminiscencias tropicales. El suelo estaba cubierto de un verde y jugoso césped y los árboles, algunos de especies completamente desconocidas para nosotros, alzaban sus copas hasta treinta y cuarenta metros por encima de nuestras cabezas.

—¿Estás seguro de que esto es el planeta Tierra? —pregunté al cabo de unos momentos.

—Bueno —respondió Supper, un tanto amostazado—, tú pudiste

comprobarlo tan bien como yo, ¿no?

Los detalles de los continentes y de los mares son tan familiares para ti como para mí. Ese golfo de México resulta inconfundible visto desde cien kilómetros de altura.

—Y puesto que en nuestra órbita de aterrizaje derivábamos hacia el noroeste, debemos hallarnos en Arizona y sobre tu propiedad —dije—. Pero cuando partimos hace menos de veinticuatro horas, Arizona era, al menos en la comarca desde donde despegamos, un desierto.

—¿Y qué? ¿Es que en quinientos años no han podido variar las condiciones de esta parte de los Estados Unidos? —alegó Jan.

Oh, claro que sí. También sé que hay extensos bosques en Arizona, sobre todo en la parte de las montañas. Pero son bosques de coníferas principalmente, aunque también abundan mucho los robles, encinas, olmos y otros árboles semejantes. Ahora bien —exclamé—, dime dónde hay un roble o un álamo que alcance a cuarenta metros de altura, como estos árboles que tenemos frente a nosotros.

Jan se quedó un poco cortado. Si se hubiera tratado de pinos gigantes, no habría habido nada que objetar. Pero el caso era que ninguno de aquellos árboles —me refiero a los más altos—, se parecía ni remotamente a un pino o a un abeto. Divisamos también algunos árboles parecidos a los robles, pero su tamaño era el doble del normal. ¿Qué pasaba allí? ¿Qué condiciones reinaban en la Tierra al cabo de quinientos años? La naturaleza necesita cientos de miles, quizá millones de años para establecer modificaciones morfológicas en cualquiera de sus seres vivientes, ya sea animal o vegetal; sin embargo, en tan sólo quinientos años se habían producido una serie de transformaciones, cuyo origen nos era absolutamente desconocido por el momento.

Durante algunos segundos permanecimos completamente desconcertados. Y no había duda posible; nos hallábamos en Arizona y, según todos los indicios, en las proximidades del lugar donde Jan había tenido su rancho. Pero el hecho de que el desierto hubiera sido sustituido por una selva de vegetación lujuriante, nos tenía sumamente confusos.

De pronto llegó hasta nuestros oídos un sonido singular. Era algo así como un rugido y un silbido a la vez y parecía venir de un grupo

de altos árboles, de tronco cilíndrico y lustroso, situados a unos cuarenta metros de nosotros. Inesperadamente, apareció ante nuestra vista, el ser más asombroso que ojos humanos puedan imaginar.

Era un animal. O al menos, así lo creímos nosotros. Desde que se hicieron frecuentes y comunes los viajes por los espacios interestelares, habíamos entrado en relación con razas galácticas de todas las formas posibles, aun las más absurdas. Pero todo ser inteligente era considerado como humano, independientemente de su forma física: así lo habían decretado las últimas leyes promulgabas para resolver algunos casos dudosos, de modo que, por el momento, no podíamos saber si aquello que salía del bosque era una persona o un animal, pese a su figura.

A mí me pareció un animal, pero… ¡se habían producido ya tantos chascos! Tenía el cuerpo como un barril de tamaño gigantesco, ya que mediría unos diez metros de largo por cinco de grueso. Un largo cuello, cuyo grosor disminuía a partir del tronco, sostenía una cabeza de forma redondeada, casi esférica, en la que se advertían dos pares de ojos, uno a cada lado de aquel cráneo tan singular, de un diámetro que estimé en unos dos metros, aproximadamente. Un ojo de cada lado era de color verdoso y el otro anaranjado, y las pupilas, de casi treinta centímetros de diámetro, se movían velozmente en sus órbitas, para observar con atención cuanto encontraban a su alrededor.

La boca era una simple hendidura de un metro de longitud y se abría y cerraba con escalofriante rapidez, dejando ver una hilera de dientes de casi diez centímetros de largo, cuya dureza parecía diamantina. El tronco de barril se prolongaba en una cola bifurcada de siete u ocho metros de largo y el horrible conjunto estaba sostenido por cuatro pares de patas, terminadas en dos gruesos dedos cada una. El dedo aparecía rematado por una uña córnea de repulsivo aspecto, que daba la sensación de poder cortar en dos el cuerpo de un hombre con toda facilidad. En suma, el color general del animal era pardusco, con algunas manchas más oscuras en el lomo y otras más claras en el vientre.

Era una visión de pesadilla, ciertamente, y durante unos segundos, Supper y yo creímos estar soñando.

El animal se acercó trotando hasta nuestra nave. La altura de su

dorso igualaba a la de la cúpula bajo la cual nos guarecíamos. Movió la cabeza y luego nos examinó curiosamente con sus dos pares de ojos, a la vez que emitía unos gruñidos nada tranquilizadores.

Insistí sobre el particular.

—Jan, ¿estás seguro de que nos hallamos sobre la Tierra?

Mi amigo tardó algunos segundos en contestar. Como yo, estaba fascinado por la horrible bestia, la cual daba la sensación de ir a destrozar la cúpula y comérsenos a continuación en cualquier momento.

—«Estamos» sobre la Tierra, sí —insistió—. Pero no comprendo…

En aquel instante sonó un penetrante silbido.

La bestia volvió la cabeza. Un hombre acababa de aparecer en el claro.

Nuestro asombro creció de punto. El hombre parecía un salvaje del Paleolítico. Cabellos y barba largos e hirsutos ojos penetrantes, vestido con pieles, un largo palo a modo de cayado en su mano izquierda y un zurrón colgándole del hombro eran sus características más importantes. Debajo de las pieles que le cubrían no parecía llevar nada más.

El hombre no pareció extrañarse por haber visto nuestra nave. Volvió a silbar, pero, salvo los movimientos de su cabeza, la bestia octópoda no hizo el menor gesto para alejarse de nosotros.

Entonces, el salvaje metió la mano en su zurrón. Sacó una honda, colocó en ella un guijarro y, después de hacer voltear la honda sobre su cabeza, disparó el guijarro con todas sus fuerzas.

El animal recibió el impacto en la base de su cráneo. Lanzó un rugido de queja y, sin más, se alejó al trote, dejando grabadas en la hierba las improntas de sus descomunales patas.

Jan y yo nos miramos.

—¿Hemos soñado? —pregunté.

—Creo que no —balbuceó mi amigo.

Me puse en pie.

—Opino que deberíamos realizar una corta exploración en torno al aparato, Jan. A menos —agregué—, que prefieras volver a nuestra época.

Supper sacudió la cabeza vivamente.

—No, no, hemos de seguir adelante. Quiero comprobar si estamos en el siglo XXVII o, Dios sabe cómo, si hemos ido a aterrizar en cualquier misterioso planeta.

—Bueno, entonces, saca las armas.

Jan me miró estúpidamente.

—¿Qué armas, Alois?

Palidecí.

—¡Cómo! ¿Es posible que decidas emprender un viaje de exploración y no se te haya ocurrido traer un rifle o algo por el estilo?

—No —dijo mi amigo quejumbrosamente.

Daba la sensación de echarse a llorar en cualquier momento.

Apreté los labios. El salvaje había desaparecido. ¿Qué hacer?

—Está bien —dije, dominándome—. Despega, nos vamos de aquí.

—Escucha, Alois —murmuró Jan—, yo creo… creo que sería conveniente que nos diésemos una vuelta en torno a este lugar. Sin alejarnos demasiado, desde luego. En el momento en que veamos que ocurre algo peligroso, regresamos y despegamos sin más.

—¿Con las manos desnudas? —dije enseñándoselas.

—Espera un momento —exclamó Jan—. Tenemos que hallarnos muy cerca de mi rancho. Allí tenía yo siempre rifles y municiones. Podemos buscar…

—En quinientos años, el metal se habrá oxidado y la madera de la culata estará convertida en polvo —objeté.

—El óxido puede quitarse, Alois.

—¿Y la pólvora de las municiones? Se habrá descompuesto.

—Podemos averiguarlo, ¿no crees? —Sus temores se habían esfumado, sin duda al perder de vista al animal y a su salvaje pastor.

—Bien —manifesté—. Pero como ocurra algo, echo a correr, me meto en la nave y…

Jan se puso en pie.

—No llegarás el primero —me aseguró.

Unos momentos después poníamos el pie en tierra. Miramos, a nuestro alrededor.

El silencio era absoluto, salvo el tenue susurro del viento al pasar por entre las hojas de los árboles, Caminamos en dirección

noroeste, pisando con mucho cuidado.

Al pasar junto a uno de aquellos árboles, toqué su corteza. Era suave y blanda, como una epidermis humana. Me pareció que el vegetal sufría un ligero estremecimiento, aunque no pude confirmarlo.

Caminamos durante irnos pocos minutos, no más allá de diez, y siempre con los ojos atentos y vigilantes. De pronto salimos a otro claro en donde se veían las ruinas de un edificio.

Jan lanzó un agudo grito.

—¡Ahí está! ¡Alois, míralo, es mi rancho!

Contemplé con reverente admiración aquellas ruinas. Parecíame algo fantástico haber recorrido medio millar de años en menos de veinticuatro horas. Pero la configuración de los restos de la construcción, emergiendo de un suelo cubierto de vegetales, no permitía el menor género de dudas. Sí, estábamos en nuestro futuro, nos habíamos proyectado a quinientos años por delante de la época en que nos correspondía vivir.

Pensé en la sensación que causaría el descubrimiento de mi amigo. Los historiadores se lanzarían sobre el pasado como una bandada de buitres sobre la carroña de un animal. Los gobernantes querrían saber lo que iba a suceder. Los médicos querrían averiguar el modo de curar algunas enfermedades que aún se resistían. Las pitonisas… Era mejor no pensar en lo que podía suceder si la ocurrencia de Jan se divulgaba.

¿O se había divulgado ya?

Estábamos en pleno siglo XXVII. Aquella selva, aquel extraño animal, su pastor…, ¿no serían la consecuencia de alguna alteración temporal causada por la imprudencia de algún viajero de los tiempos, un cronoclismo, en suma? Nuestras acciones influencian siempre el futuro, pero es una influencia normal, puesto que se producen en una época contemporánea, pero ¿Quién podía responder de las acciones que un hombre realizase en una época que no era la suya?

Mientras yo me hacía aquellas reflexiones, Jan buscaba frenéticamente entre las ruinas. De pronto lanzó un agudo grito.

—¡Ven, Alois!

Tenía algo brillante en su mano. Me acerqué: era un revólver «Maximus» 100, de seis tiros y con un cañón que parecía el de un

obús de campaña. El revólver parecía hallarse en buen, estado.

En la otra mano tenía una cajita metálica.

—En nuestra época construían bien las cosas —dijo—. Estoy seguro de que la pólvora no ha sufrido ninguna descomposición de carácter químico.

—Ojalá sea así —suspiré, esperanzado—. ¿Hay algo más por ahí?

Jan arrojó una melancólica mirada en torno suyo.

—No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Yo sabía dónde podía encontrar el «Maximus», por eso lo hallé tan pronto. Lo demás ha sido saqueado.

—Bien —dije—, aquí no hacemos ya nada, a menos, naturalmente, que tengas otro revólver de repuesto.

—No. Sólo compré uno, Alois.

—Entonces, regresemos —dije. Estaba muy nervioso, sin saber exactamente las causas—. Ya hemos visto bastante del siglo XXVII. No me interesa saber nada más de esta época. Devuélveme a la mía y déjame vivir en paz.

Jan tuvo una ocurrencia macabra.

—¿No te hace gracia pensar que hace varios siglos que tu cuerpo se convirtió en polvo y, sin embargo, estás aún vivo?

—No, no me hace ninguna gracia —refunfuñé. Rompí la marcha —. Vámonos ya, Jan.

—De acuerdo, de acuerdo —contestó mi amigo.

Caminamos un buen rato. De pronto, la selva se acabó al borde de un acantilado de unos cincuenta metros de altura, al pie del cual empezaba una llanura infinita, que quinientos años antes había sido el desierto de Arizona. Había mucha vegetación, pero también había muchos claros. En uno de ellos y a menos de cien metros de distancia, divisamos la escena más extraña que imaginarnos podíamos en aquellos momentos.

En aquel claro había un rebaño de animales idénticos en un todo al que habíamos visto a tan corta distancia de nuestra nave. Pero tenían un tamaño doble por lo menos y su aspecto, aun a tal distancia, resultaba verdaderamente impresionante. Vimos treinta o cuarenta de aquellos monstruos, entre los cuales se movían otros tantos mucho más pequeños, sin duda las crías del rebaño, el cual era cuidado por una docena de «pastores», que usaban sus hondas

sin contemplaciones cuando alguna bestia trataba de separarse de la manada. El que un hombre de nuestro tamaño pudiera manejar con tanta facilidad a unos animales, cuyo volumen era cientos de veces superior al nuestro, resultó algo incomprensible para nosotros.

¿De dónde habían salido aquellas bestias? ¿Qué terrible catástrofe se había producido en nuestro planeta para que los humanos hubieran caído en un salvajismo semejante?

Por el momento resultaba imposible obtener ninguna explicación. Ni siquiera intentar buscarla. Agarré por el brazo a mi amigo y lo arrastré a viva fuerza de aquel lugar.

—¡Vámonos, Jan, vámonos! —grité—. No quiero seguir aquí ni un minuto más de lo estrictamente preciso.

Corrimos como locos, dejándonos girones de ropa en algunos arbustos espinosos. De pronto, cuando menos lo esperábamos, oímos un crujido que nos heló la sangre en las venas.

Jan y yo nos detuvimos y nos miramos mutuamente, pálidos como difuntos, sin atrevernos a expresar en voz alta lo que pensábamos. Y ambos pensábamos lo mismo, puedo asegurarlo.

Los crujidos se repitieron. Después de unos momentos de vacilación echamos a correr de nuevo.

Un minuto más tarde llegábamos al claro. Jan lanzó un bramido de desesperación. En cuanto a mí, había perdido súbitamente todas las fuerzas; apenas si conservaba las indispensables para respirar.

Una de las bestias octópodas, un adulto sin duda, a juzgar por su colosal tamaño, se había apoyado con cuatro de sus patas en el astroyate y lo había aplastado bajo su peso. La cúpula había saltado en mil pedazos y el metal aparecía desgarrado y abollado por varios sitios. Las patas sustentadoras aparecían retorcidas o quebradas. En suma, la ruina más completa.

Durante unos instantes, permanecimos como atontados, incapaces de creer en lo que nos decían nuestros cerebros. La nave estaba completamente destrozada y no servía para otra cosa que para chatarra.

¡Y sin nave, nosotros permaneceríamos en una época situada a quinientos años de la nuestra!

Permaneceríamos en el siglo XXVII hasta morir…, ¿cómo?

Súbitamente, presa de un acceso de furor, Jan empezó a disparar su «Maximus» contra la bestia. Vi claramente los impactos en su

piel.

El animal lanzó un sonido quejumbroso al sentirse herido. Puso las cuatro patas en el suelo y movió la cabeza de un lado para otro, como buscando al autor de aquel desaguisado.

Cuando quise darme cuenta, era tarde ya. Jan había descargado el tambor de su pistola contra el monstruo.

La fiera mordió el metal. Oí claramente el ruido. Arrancó un pedazo de la estructura tan grande como mi cuerpo y con él colgando de su boca, emprendió un trotecillo cochinero que lo alejó bien pronto de nuestra vista.

Al quedarnos solos, me dejé caer en el suelo, completamente desalentado. Nuestra situación no tenía nada de agradable, lo confieso.

Jan me miró con ojos vacuos. Quería hablar, pero las palabras no acertaban a salir de su boca.

Entonces fue cuando empezaron a ocurrir cosas. Pero como algunas de ellas se produjeron en un plano temporal distinto al nuestro, vale la pena modificar un tanto el ritmo de la narración.

Pasemos otra vez la hoja.

CAPÍTULO V


EPARTAMENTO TEMPORAL.

SERVICIO DE INVESTIGACION DE LAS ÉPOCAS.

RIGUROSAMENTE PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA AJENA AL SERVICIO.

La sala era grande, semicircular, y en ella había alrededor de una docena de aparatos, muy parecidos a una mesa de escritorio, con algunos botones de control y una pantalla de vidrio deslustrado situada sobre la mesa. La pantalla medía un metro de diámetro, aproximadamente. Frente a cada mesa Había un observador. El sexo no era obstáculo: podían verse siete hombres y cinco mujeres.

El silencio era absoluto. Los doce observadores trabajaban sin intercambiar una sola palabra, atentos únicamente a su labor. Las pantallas reflejaban distintas escenas sucedidas en épocas

diferentes.

De pronto, uno de los observadores se estremeció. Acababa de captar en su pantalla una escena singular.

Estuvo observando durante unos instantes. Luego, sus dedos volaron ágilmente sobre los pulsadores de un teclado muy parecido al de una máquina de escribir.

El jefe del Departamento de Investigaciones Temporales era un hombre con la apariencia de tener medio siglo de edad. Sin embargo, en sus abundantes cabellos no se veía ninguna cana. Era recio, fuerte, y sus ojos grises y fríos denotaban una gran inteligencia y decisión. Atendía por el nombre de Werthal.

Werthal estaba despachando los asuntos de rutina de su departamento cuando, de repente, el porta-mensajes lanzó un documento sobre la mesa. Werthal lo tomó con la mano izquierda y a continuación lo leyó.

El contenido del documento era el siguiente:

De:
OBSERVADOR TEMPORAL NÚMERO NUEVE.
Asunto:
INFORME SOBRE OBSERVACIÓN EN LA ÉPOCA PRIMARIA.
A:
JEFE DEL DEPARTAMENTO.

Acabo de captar en la pantalla los movimientos de un cronomóvil de extraña apariencia. Puesto que, según mis conocimientos, no tenemos noticia de que en la época primaria hayan existido cronomóviles de ninguna clase, sugiero la conveniencia de una observación M detallada del fenómeno, a fin de evitar posibles cronoclísmos de alcance y consecuencias insospechados.

Respetuosamente,

Harider, 0075-BL 652.
OBSERVADOR TEMPORAL N.º 9.

Werthal frunció el ceño. ¿Un cronomóvil en la Época Primaria?

La Época Primaria alcanzaba desde el siglo XXII a un millar de años después, aunque el descubrimiento, invención y funcionamiento del primer cronomóvil no había ocurrido hasta el siglo XXX. Y ahora estaban en el XXXVI, conque… ¿Qué laguna existía en la Historia de las Edades? ¿Por qué no se había narrado la invención del primer cronomóvil en el siglo XXII? ¿Quién había sido el constructor de aquel aparato?

La situación era grave. Si las observaciones eran ciertas —y no había motivos para dudar de las manifestaciones del observador—, resultaba que un cronomóvil desconocido se estaba moviendo en la línea del tiempo, manejado por unos desconocidos que no tenían la menor idea de cómo viajar a través de las edades sin producir cronoclismos. Un simple guijarro movido con la punta del pie en una época inactual, una hormiga aplastada por dicho guijarro, eran accidentes que podían tener consecuencias incalculables en el futuro. Los hechos se proyectaban hacia adelante en el tiempo como los rayos de luz de un foco, es decir, dispersándose a medida que se alejaban del foco productor de luz. Aquella hormiga aplastada podía significar más adelante tantas cosas: una modificación radical de la estructura biológica de los seres vivientes, la desaparición de una especie de insectos, la multiplicación hasta el infinito de otra raza de animales diminutos… ¡Cualquier cosa podía ocurrir sí él o los ocupantes del desconocido cronomóvil andaban por ahí pateando las edades a su capricho!

Werthal tomó rápidamente una decisión. Envió un mensaje al observador número 9 ordenándole continuara su labor y agregando a la misma a los números 3, 5 y 10. Después, se inclinó hacia el micrófono y dictó otro mensaje.

El contenido de este mensaje era el siguiente:

De:

JEFE DEL SERVICIO DE INVESTIGACIONES TEMPORALES.

A:

AGENTE NÜMERO

37-N-06.

ORDEN ESPECIAL, PREFERENTE Y CANCELADORA DE

OTRAS POSIBLES MISIONES.

PRESÉNTESE INMEDIATAMENTE EN MI DESPACHO PARA RECIBIR INSTRUCCIONES RELATIVAS A UNA MISIÓN URGENTE Y SIN DEMORA.

Werthal, Jefe del
D. I. T.

El agente número
37-N-06
tenía el cabello rubio, los ojos azules, una silueta preciosa y atendía por el nombre de Oriana. Vestía una blusa muy ajustada a su espléndido torso y unos pantaloncitos cortos, de color azul claro. Como calzado llevaba unas sandalias con cuatro centímetros de tacón. Su delgado y flexible talle estaba ceñido por un cinturón negro de diez centímetros de ancho, a ambos lados del cual podían verse dos pequeñas cartucheras del mismo material. En cuanto recibió el mensaje, dejó lo que estaba haciendo —una labor de ganchillo que había aprendido en uno de sus cronoviajes a finales del siglo XIX—, y se encaminó al despacho de su jefe, adonde llegó una hora más tarde.

El secretario de Werthal la hizo pasar inmediatamente al despacho de su jefe. Werthal y Oriana se estrecharon las manos; luego, el jefe del
D. I. T.
le indicó una silla.

—Siéntese —dijo.

Ella obedeció. Esperó en silencio a que le hablasen.

—Oriana —empezó el jefe—, tengo graves noticias. Está a punto de producirse un cronoclismo…, si es que no se ha producido ya.

El rostro de la joven expresó sorpresa.

—¿Cronoclismo? Es extraño. Tengo entendido que las últimas posibles perturbaciones cronológicas habían sido evitadas por nuestros servicios.

—Ésta es más grave, Oriana —dijo el jefe, con el ceño fruncido —. Tan grave…, que no sé si alcanzaremos a evitar la catástrofe.

Werthal hizo una pausa.

—¿Qué es lo que sabe usted respecto a la Historia de los

Cronomóviles, Oriana?

—Bien —respondió ella calmosamente—, el primero fue inventado el año 2932 por el gran Ulfidar. Ulfidar fue el primer hombre en desplazarse a través de las edades y de sus experiencias surgió la Ley de las Edades…

—Es suficiente —cortó Werthal—. Sí, Ulfidar inventó el cronomóvil y sentó las bases para la promulgación de la Cronoley, como solemos decir vulgarmente. Eso es lo que dice la Historia dé las Edades y eso es lo que habíamos creído hasta ahora.

Oriana se sorprendió.

—¿Cómo? ¿No es cierto lo que acabamos de expresar?

—Parece ser que no. El Observador Número Nueve acaba de descubrir la existencia de un cronomóvil en el siglo XXII.

—¡Por Cronos! —exclamó la muchacha—. ¡Un cronomóvil en el siglo XXII! Resulta increíble, señor.

—Pero absolutamente cierto. Las pantallas observadoras no mienten.

—Sí, desde luego —admitió ella—. Debemos confiar en las pantallas observadoras, aunque…, ¿no, se tratará de algún cronomóvil incontrolado?

—En absoluto. Me he informado detalladamente y tengo la nota exacta de la situación y posición actuales de todos y cada uno de los aparatos del Departamento.

—Eso significa —dijo Oriana lentamente—, que el cronomóvil observado no es nuestro. ¿No podría tratarse —preguntó de súbito —, de algún cronomóvil procedente de un mundo distinto al nuestro?

—Imposible —respondió Werthal—. Usted ya sabe que los cronomóviles, a menos que sean transportados especialmente, sólo se mueven en el tiempo, no en el espacio.

—Eso es cierto —concordó Oriana con acento reflexivo—. Si yo quiero ir a Francia, en el siglo XVIII, para observar la Revolución, debo trasladar mí cronomóvil hasta el lugar requerido por medio de un vehículo de transporte. No se pueden aplicar al cronomóvil motores que lo permitan desplazarse en el espacio, porque los mecanismos influenciarían el motor temporal, haciéndole suministrar informaciones erróneas que falsearían los desplazamientos temporales. Pero ¿qué clase de cronomóvil ha

podido inventar un hombre del siglo XXII, cuando apenas hacía cincuenta años que viajaban a las estrellas?

—Eso es lo que quiero que averigüe usted, Oriana —contestó el jefe—. Para eso precisamente la he llamado. Debe desplazarse a la época correspondiente e investigar cuanto pueda acerca de dicho cronomóvil y de su o sus ocupantes. En caso necesario, destruya el aparato, no sin antes haber vuelto a la época correspondiente a sus pasajeros. No han recibido la menor instrucción acerca de los cronoviajes y su comportamiento, por tanto, puede resultar catastrófico para nosotros.

—Entendido, señor. ¿Han localizado ya exactamente la ubicación del cronomóvil?

Werthal tomó un papel de encima de su mesa.

—Sí, aquí la tiene usted —dijo.

En aquel momento se oyó un suave zumbido y el porta-mensajes depositó uno sobre la mesa.

Werthal leyó el contenido del mensaje.

> «*El cronomóvil objetivo se ha detenido, suspendiendo provisionalmente su viaje a través de las épocas. Coordenadas temporales: XXVII, 23, 8, 72. Coordenadas espaciales:*
> *X7-99*
> *F3-01*
> ».

—De modo que se han desplazado a quinientos años en su futuro —exclamó Oriana.

—Sí —dijo Werthal—, a la Edad Negra.

Un espeso silencio descendió sobre la habitación. Los dedos de Werthal tamborilearon sobre la mesa.

—Oriana —exclamó de pronto—, vaya cuanto antes. Es preciso impedir que esos hombres cometan un tremendo desaguisado. Ellos no saben que se iba a producir una Edad Negra. Tratarán de modificar los hechos y…, ¿comprende lo que podría suceder si fuesen atacados por un habitante temporal de dicha edad y lo matasen?

Oriana se estremeció.

—Usted o yo podríamos no existir —dijo, terriblemente pálida —. O todos nosotros… La Edad Negra, en lugar de durar cuatrocientos años, podría prolongarse algunos millares. —Se puso en pie: Partiré inmediatamente, señor.

Werthal le entregó unos documentos.

—Éstos son sus pasaportes temporales. No envíe ningún cronomensaje si no lo estima absolutamente imprescindible, Oriana. —El jefe sonrió—. Confío en su capacidad para evitar cualquier cronoclismo.

—Gracias, señor. Regresaré en cuanto tenga ocasión.

Oriana dio media vuelta y, con paso firme, salió del despacho.

Unos minutos después Se hallaba ante una puerta, sobre la cual había un rótulo:

SALA DE CRONOMÓVILES

Tocó un timbre. Una pantalla que había al lado de la puerta se iluminó al instante y el rostro de un hombre apareció en ella.

—Agente
37-N-06
en misión especial y urgente —manifestó la joven.

—Sus pasaportes temporales, por favor —pidió el guardián.

Oriana enseñó los documentos, situándolos frente al objetivo captor de imágenes. Al cabo de unos momentos, el custodio abrió la puerta. Oriana no se extrañó de aquellas precauciones; si algo había bien guardado en su época eran los cronomóviles.

La sala era inmensa, mediría unos cien metros de largo por la mitad de ancho y en ella se veían hasta una veintena de extraños aparatos, muy parecidos a brillantes semiesferas transparentes, que despedían reflejos irisados.

—¿Cuál elige usted? —preguntó el guardián.

Oriana meditó unos segundos. Luego alargó el dedo índice y señaló un cronomóvil de cuatro plazas.

—Muy bien —dijo el guardián—. Deme su pasaporte.

La muchacha se lo entregó. El guardián hizo unas anotaciones en él y luego arrancó una hoja, que se guardó. Después devolvió el pasaporte a su dueña.

—He podido ver sus coordenadas de espacio —dijo con una sonrisa—. Coinciden exactamente con la posición que ocupamos en este momento.

—Sí, es una afortunada coincidencia —respondió ella.

Caminó hasta el cronomóvil elegido. Abrió la portezuela y se sentó en uno de los asientos delanteros. El guardián cerró y se separó un par de pasos.

Oriana manipuló en los controles temporales. Sí, era una afortunada coincidencia que las coordenadas espaciales resultaran las mismas que las del

D. I. T.

De este modo, se ahorraba el viaje hasta el lugar donde se había detenido el cronomóvil extraño.

Mientras se preparaba para el cronoviaje, se formuló una pregunta. ¿Por qué la Historia de los Tiempos no mencionaba para nada el cronomóvil construido en el siglo XXII?

La pantalla indicadora brilló. Las coordenadas temporales aparecieron nítidamente ante los ojos de la muchacha. Oriana pulsó un botón e, instantáneamente, todo cuanto la rodeaba desapareció de su vista.

CAPÍTULO VI



ebusqué en mis bolsillos y conseguí encontrar cigarrillos y fósforos. Jan y yo encendimos uno cada uno con aire melancólico.

Llevábamos allí una hora larga, sentados en el suelo, al lado de los destrozados restos del astroyate, en una actitud de abatimiento total, sin hablar apenas, sin hacer casi ningún movimiento, sumidos en una sombría estupefacción que no nos permitía pensar en otra cosa que en la terrible catástrofe que se había abatido sobre nosotros.

De pronto, Jan lanzó una exclamación de asombro. Sus dedos se crisparon como garras de acero sobre mi brazo.

—¡Mira, Alois! —exclamó.

El cigarrillo se escurrió de mis labios. ¿Estábamos viendo visiones? ¿Delirábamos ya?

La atmósfera tembló perceptiblemente delante de nuestros ojos. Parecía como agitada por un remolino invisible que, no obstante,

fue haciéndose corpóreo con rapidez, hasta convertirse en el más extraño aparato contemplado jamás por ojos humanos.

En síntesis, el artefacto parecía un huevo transparente, partido por su mitad inferior. Mediría unos tres metros de largo por dos de ancho y en su interior se veían cuatro cómodos sillones, uno de los cuales estaba ocupado. ¡Y qué ocupante!

—¿D… de dónde ha salido eso, Alois? —balbuceó mi amigo—. ¿Ves tú lo mismo que yo?

Me puse en pie. Un trozo de la semiesfera acababa de apartarse a un lado y el tripulante del raro artefacto saltó a tierra y acto seguido avanzó hacia nosotros.

Era una joven, alta, esbelta y muy bonita, de cabellos rubios cortos y un tanto crespos, de ojos azules y resueltos, vestida de un modo somero, pero en modo alguno indecoroso. Su paso era ágil y flexible.

Sonrió.

—¿Ustedes son los viajeros del tiempo?

—Así es —contesté. Presenté a mi amigo y luego di mi nombre.

—Me llamo Oriana —dijo ella. Contempló pensativamente los restos de la catástrofe—. ¿Qué les ha sucedido?

—Un monstruo se entretuvo en patear el aparato —contesté. Luego, de mal humor, agregué—: Nos ha partido por la mitad; ahora estamos a quinientos años de nuestra época, en medio de una era de salvajismo sin igual y sin medios de regresar al punto temporal de partida.

Oriana asintió distraídamente. Después dio una vuelta completa en torno al destruido astroyate.

—¿Qué clase de aparate es éste? —preguntó.

Jan dio su respuesta.

—¿Un astroyate interestelar? —se asombró ella Entonces, ¿cómo han conseguido desplazarse a quinientos años de su época?

—Ganando órbitas a la Tierra —expresé.

Los ojos de Oriana manifestaron admiración.

—Una solución evidentemente sencilla —dijo—. Sí, es un medio seguro, aunque rudimentario de desplazarse a través del tiempo.

—¿Y su aparato —inquirí—, no funciona de la misma manera?

Sus cortos rizos se agitaron graciosamente.

—No. Nosotros viajamos verdaderamente a través de las edades.

Ustedes han realizado un doble desplazamiento espaciotemporal; el mío es únicamente temporal.

—Entiendo —murmuré pensativamente—. Eso quiere decir que dentro de equis años, esta selva habrá desaparecido y en su lugar existirá una ciudad o algo por el estilo.

—Exactamente —manifestó Oriana con una brillante sonrisa.

Ya no me extrañaba de nada. Después de todo, ¿no resultaba lógico que alguien hubiera descubierto otro método para viajar por el tiempo?

—¿De qué época viene usted? —preguntó Jan.

—Del siglo XXXVI.

Solté un silbido de admiración. ¡Venía nada menos que del año tres mil quinientos y pico!

—¿Y… cuál es su papel entre nosotros?

—Devolverlos a su edad para evitar que cometan alguna torpeza involuntaria que más tarde pueda transformarse en un cronoclismo —contestó ella sin vacilar.

Extendí la mano hacia el medio huevo transparente.

—¿Va a llevarnos en su aparato?

—Sí.

—Y usted volverá luego a su época, ¿no?

—Claro. Es mi obligación.

—¿Quién le ha dicho que estábamos aquí?

—Pertenezco al Departamento de Investigaciones Temporales —respondió—. Tenemos un servicio de operadores en constante observación de cuanto sucede en los tiempos, especialmente en los pretéritos. Uno de ellos detectó los movimientos de un cronomóvil del siglo XXII. Como no tenemos noticia de que se haya inventado un aparato semejante hasta el siglo trigésimo, fui enviada a investigar.

—Y a devolvernos a nuestra edad —dije, muy aliviado.

—Así es.

Señalé con la mano a nuestro alrededor.

—¿Y esto? ¿Por qué existen árboles semejantes en la Tierral? ¿Conoce usted los monstruos de ocho patas?

Oriana sonrió benignamente.

—Conozco perfectamente todo cuanto se refiere a la Edad Negra —respondió calmosamente.

—¿La Edad Negra? —exclamó Jan—. ¿Por qué se la llama así?

Ella dijo:

—Están ustedes en la Época Primaria Temporal, que va desde el primer viaje Interestelar hasta el primer viaje temporal. Es una época que abarca unos ocho siglos, dentro de la cual hay un lapso de tiempo de unos cuatrocientos años, al cual llamamos Edad Negra.

—De modo que esto es Edad Negra —dije, meditabundo—. ¿Qué ha pasado en la Tierra?, ¿por qué están esos animales sobre nuestro planeta? Admito que pueda producirse una evolución en la biología terrestre, por medio de la cual la morfología de los seres vivos cambie radicalmente, pero, aun así, esa evolución tardarla millones de años, no una insignificancia de cinco siglos, es decir, desde el XXII hasta el actual.

—Tiene usted razón —contestó ella sosegadamente—. El origen de estos cambios es artificial, mejor dicho, extraterrestre. Me explicaré.

»Hace unos doscientos arfes, es decir, trescientos después de su época, surgió un conflicto interestelar, durante el cual este planeta fue atacado por unos enemigos que venían del fondo de la Galaxia. El exterminio de la población, terrestre fue total y casi instantáneo. El enemigo envenenó la atmósfera con un gas que producía la muerte en pocos momentos.

»El gas mortal, sin embargo, se disipó a los pocos días y la atmósfera volvió a ser respirable. Pero ya no existía el menor signo de vida humana —sólo perecían los seres inteligentes, olvidé de advertirlo— y el planeta quedó desierto. Así estuvo unos pocos años.

»Más tarde, regresaron algunas expediciones de astronautas que habían estado viajando por el espacio interestelar y que, lógicamente, no sabían nada de la catástrofe o, si lo sabían, querían volver a su planeta natal; el sentimiento de amor a la tierra que nos vio nacer ha sido siempre muy fuerte en el género humano, cualesquiera que hayan sido las circunstancias y la época. Una de esas expediciones traía semillas y una pareja de animales. Las semillas dieron origen a esos árboles que están viendo.

—A mí me han parecido seres vivos, aunque de existencia vegetativa —observé yo.

—Sí —expresó Oriana—, es una forma de vida semianimal,

semivegetal, pero carente en absoluto de inteligencia. Quizá, dentro de unos millones de años y después de un periodo evolutivo, se transforme en un animal dotado de miembros que le permitan la locomoción; por el momento, todas sus funciones vitales se efectúan de la misma forma que cualquiera de los demás árboles terrestres.

»Bien —prosiguió la joven—, como he dicho, una de las expediciones trajo una pareja de eso.; octópodos. Naturalmente, eran muy pequeños entonces, unas crías, ya que en tamaño de adulto no hubieran cabido en el interior de la astronave. Pero esos animales vivían en un planeta cuya atmósfera era muy pobre en oxígeno, apenas un uno y medio por ciento. Al llegar a la Tierra se desarrollaron de un modo fabuloso, alcanzando en pocos años un tamaño cuádruple del que tenían en su mundo de origen.

»Como trajeron una pareja, bien pronto éstos tuviesen descendientes y los descendientes dieron origen a más octópodos. Pero están condenados a la desaparición en un plazo no superior a los doscientos años. Me explicaré.

»La riqueza de oxígeno de nuestra atmósfera, facilita enormemente el desarrollo de los octópodos. Mientras que en su planeta natal, para alcanzar el tamaño correspondiente a un adulto, necesitan un período de tiempo equivalente al de un siglo terrestre, aquí lo consiguen en tres, cuatro años como máximo. Tres años después, mueren irremisiblemente. Es decir, que cumplen su ciclo vital en, aproximadamente, una veinteava parte del tiempo normal que emplearían caso de vivir en la atmósfera para la cual fueron concebidos.

—El oxígeno los «quema» —dije.

Oriana hizo una breve inclinación de cabeza.

—En efecto. Es algo parecido, aunque en una escala muchísimo más rápida, a lo que sucedió con los grandes saurios de la Era Secundaria de nuestro planeta: vivían en un medio demasiado rico en oxígeno y acabaron por desaparecer. Aun así, tardaron cientos de miles de años, quizá millones. Los octópodos, en cambio, desaparecerán dentro de doscientos, es decir, que su presencia en la Tierra sólo habrá durado cuatro siglos.

—¿Y los seres humanos? —pregunté.

—Saldrán de su estado de salvajismo y volverán a crear una civilización floreciente —contestó Oriana sin vacilar.

—Es decir que, al morir los astronautas que regresaron, sus conocimientos científicos se fueron perdiendo hasta desaparecer.

—Justamente.

—Pero —objeté—, en la Tierra había muchos elementos con los cuales conservar una civilización: universidades, bibliotecas, laboratorios, centros de investigación, archivos…

Oriana sacudió la cabeza.

—Aquellos asaltantes del espacio saquearon el planeta a conciencia. Duró cinco años y, en este espacio de tiempo, se llevaron todo, absolutamente todo. Era un flujo continuo de enormes astronaves que cargaba con todo cuanto podía servirles, desde una caja de palillos de dientes hasta un trasatlántico. Bueno —sonrió la joven—, el trasatlántico se lo llevaban desguazado, en piezas.

—¿Y las ciudades? ¿Y los edificios?

—Cuando habían saqueado una ciudad, lanzaban unas cuantas bombas sísmicas y los edificios se derrumbaban. Todo quedó destruido, todo —insistió la hermosa joven.

Miré a Supper. Tanto mi amigo como yo estábamos consternados por las noticias que estábamos recibiendo acerca de nuestro futuro. Claro que cuando sucediera todo lo que Oriana nos había contado, nosotros ya no viviríamos. Pero no por ello dejaba de causarnos, una impresión muy desagradable.

—Bien —dije al cabo de unos instantes de reflexión—, sin embargo, usted viene del futuro. Eso significa que un día terminará la Edad Negra y que la humanidad del planeta entrará en otra época de luz y civilización.

—Sí, así será —contestó Oriana—. Nacerá un hombre que…, pero se está haciendo ya tarde y debo devolverlos a su época. ¿Vamos?

Miré a mi amigo. Jan levantó los hombros.

—Bueno —dijo simplemente.

Apuré el cigarrillo que había estado fumando hasta entonces y lo tiré a un lado.

—Vamos —dije yo también.

Oriana nos precedió, indicándonos luego dónde debíamos sentarnos. Yo lo hice a su lado, en tanto que Supper se sentaba inmediatamente detrás de mí.

—¿Pueden decirme la fecha exacta de su partida? —preguntó la joven.

Jan se lo dijo. Entonces, Oriana manipuló en sus controles.

Unos segundos después, el bosque se desvanecía de nuestra vista. El cronomóvil estaba en funcionamiento.

El viaje a través de cinco siglos duró eso, cinco minutos escasamente, durante los cuales estuvimos sumidos en una especie de gris penumbra que no permitía ver otra cosa. De pronto, el Sol apareció ante nuestros ojos, iluminando con toda claridad el familiar panorama del rancho de Supper.

Oriana se puso en pie y abrió la puerta del cronomóvil.

—Bien —dijo con radiante sonrisa—, ya están en su época. Debo darles las gracias por su cooperación y añadiré que celebro mucho haberles conocido.

Estábamos ya fuera del cronomóvil. Oriana me tendió la mano, que retuve unos instantes.

—Me gustaría volverla a ver, palabra —dije.

Ella se ruborizó ligeramente.

—Lo siento, pertenecemos a distintas épocas.

Suspiré.

—Lo comprendo. Bien, entonces, ¿hasta…?

La mano de Oriana oprimió ligeramente la mía.

—Adiós, Alois. —Saludó a Jan, se metió en el cronomóvil y desapareció de nuestra vista y de nuestra época.

Jan y yo permanecimos un buen rato en el mismo sitio, sumidos en un hondo silencio. Pasaron bastantes minutos antes de que se me ocurriera romperlo.

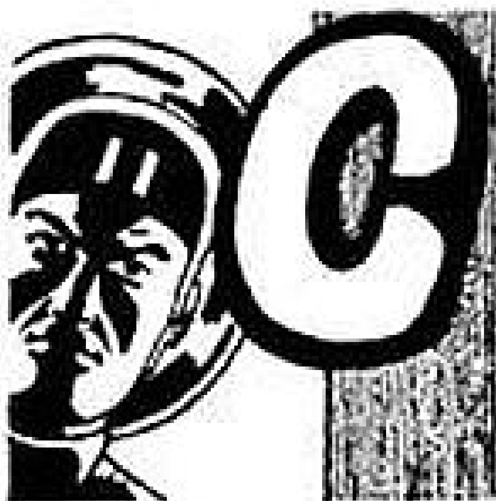
—¿Habremos soñado? —musité.

Pero no, no había sido mi sueño.

* * *

A quinientos años en nuestro futuro, una simple colilla de cigarrillo, caída al pie de unas matas secas, estaba a punto de desencadenar un terrible cronoclismo.

CAPÍTULO VII



omo ya no tenía que hacer nada en el rancho de mi amigo, después de permanecer allí un par de días más, regresé al Gran Nueva York.

Todavía no habían concluido mis vacaciones. Pero me aburría, de modo que, para combatir el tedio, decidí regresar de nuevo a mi trabajo. Se extrañaron de mi forma de actuar, pero, no quise dar ninguna explicación.

Naturalmente, tampoco hablé de la extraña aventura que habíamos corrido mi amigo y yo. Nadie nos hubiera creído y, caso de existir alguien capaz de comprender toda la importancia del descubrimiento de Jan, habría sentido inmediatamente deseos de viajar a través de las épocas. Quizá su actuación hubiera resultado imprudente y habría provocado algún cronoclismo, por lo que, para evitar posibles catástrofes a nuestras generaciones venideras, decidí callar.

Ahora bien, una cosa era que yo callase y otra que no intentara

volver a ver a Oriana como fuera. Hablando francamente, la joven me había impresionado muchísimo. No era ya sólo su belleza física, con ser esplendorosa, sino sus cualidades espirituales las que habían causado honda mella en mi ánimo. Oriana era una muchacha sensata, ponderada, de sentimientos firmes y equilibrados, capaz de hacer dichoso al hombre más exigente. Pero todavía faltaban mil cuatrocientos años para que naciera. ¿Por qué no la habría encontrado en mi época?

Durante algún tiempo estuve dedicado de lleno a mi trabajo, abrigando la esperanza de olvidar a Oriana. ¡Vana esperanza! El impacto que la joven había causado en mi espíritu era demasiado fuerte para poder conseguir mis propósitos. Cuando, al fin hice un examen a fondo de mis sentimientos, descubrí que estaba perdidamente enamorado de ella.

El descubrimiento me costó todo un día de intensas reflexiones. Apenas había estado hablando con Oriana media hora y ya me daba cuenta de que no podía vivir sin ella. ¡Tenía que ir a buscarla a su época y traería a la mía o bien quedarme yo a vivir en su siglo!

Una vez hube llegado a esta conclusión y resuelto que no podía ser de otra manera, analicé fría y exhaustivamente la situación. Yo era sólo en el mundo, no tenía parientes y, prácticamente, sólo un amigo: Jan Supper. Mis demás conocimientos podían reducirse a los compañeros que trabajaban en la misma empresa que yo. Sí, eran buena gente, pero no había intimado tanto con ninguno de ellos que lamentaran mucho tiempo mi definitiva desaparición. Estaba soltero, no tenía ningún compromiso y no parecía que mi permanencia o desaparición de aquella época, hubiera de causar ningún trastorno a la marcha cronológica de la historia. Mi trabajo era rutinario, no era investigador, no era inventor ni médico ni desempeñaba ninguna profesión que pudiera producir luego consecuencias en el futuro, de modo que, así lo estimaba yo, bien podía largarme al siglo XXXVI a fin de reunirme con Oriana.

Una vez hube llegado a tal conclusión, empecé a arbitrar los medios para trasladarme al futuro. Hice un concienzudo arqueo de mi cuenta de ahorros; durante doce años había estado trabajando en la misma empresa y gastado muy poco, ya que mis necesidades habían sido mínimas, debido a la vida morigerada que había llevado hasta entonces. El arqueo dio como resultado que poseía un

pequeño capitalito, suficiente para comprar un astroyate de segunda mano e instalar en el mismo una computadora que pudiese indicarme con toda exactitud el número de órbitas recorridas en mi cronoviaje.

Cuando lo tuve todo listo, envié una tarjeta a mi jefe de personal, despidiéndome de la empresa. No pensaba volver y convenía que supieran que ya no trabajaría más con ellos. Si me marchaba sin despedirme, corría el riesgo de que, al cabo de algunos días, dieran cuenta a la policía de mi inexplicable desaparición. La policía empezaría a investigar y… podría ocurrir, por ejemplo, que en el transcurso de tales investigaciones, algún agente sufriese un accidente inesperado, accidente que de otra forma no se hubiera producido. Ese accidente podría influenciar el futuro de alguna forma y al cabo de los siglos cambiar por completo la faz de la Tierra. No, había que prevenir todas las contingencias posibles. Así lo hice y un par de semanas después de haber adoptado tan sensacional resolución, emprendí mi viaje al siglo XXXVI.

* * *

Descendí de nuevo sobre la Tierra al cabo de mil cuatrocientas órbitas, lo cual equivalía a otros tantos años. Mi aterrizaje tuvo lugar a unos kilómetros de distancia del punto donde había estado el rancho de mi amigo. Iba solo, no quería compañía, no deseaba provocar involuntariamente una catástrofe temporal.

Aterricé en el centro de un frondoso bosque muy parecido al que ya conocía. Todavía existían aquellos árboles con vida parcialmente animal, pero ahora ya no me impresionaban. En el suelo, al otro lado de un grupo de arbustos, divisé una colosal osamenta; eran, sin duda, los restos de un octópodo, quemado por la abundancia de oxígeno en la atmósfera del planeta.

Confieso que sentí una viva emoción al poner el pie en un siglo adelantado catorce veces al mío. El ambiente parecía normal en torno a mí, pero no podía quitarme de la mente que estaba viviendo en una época muy adelantada a la mía.

Al cabo de unos momentos de vacilación, emprendí la marcha. Sabía que no podía ocurrirme nada, no había bestias ni animales

salvajes, por lo que no había intentado siquiera llevar armas. Además, yo iba en son de paz; ¿cómo podrían creer en mis palabras si me veían portador de una pistola, por ejemplo?

Al cabo de media hora salí a la linde del bosque. A tres kilómetros de distancia divisé una gran ciudad de altos y resplandecientes edificios. Al borde del bosque había una especie de autopista, por la que circulaban raudamente unos extraños aparatos parecidos a ovoides casi planos, con una cúpula transparente para proteger del viento y de las inclemencias a sus tripulantes. Los ovoides no rodaban: se deslizaban suspendidos a unos pocos centímetros del suelo por algún medio que no alcanzaba a comprender en aquellos momentos, posiblemente por repulsión antigravitatoria. De todas formas, la circulación no era muy intensa.

Para rasar mejor desapercibido, me había vestido de una forma muy parecida a como iba Oriana. Suponía que el vestuario de los seres del siglo XXXVI iba a ser más o meaos el mismo para ambos sexos. Y no me equivoqué, cuando vi los ropajes que usaban los ocupantes de alguno de los automóviles que pasaban raudamente por mi lado.

Una vez se detuvo un automóvil a mi lado. Su conductor, un hombre de mediana edad y aspecto agradable, me preguntó si quería subir. Le agradecí la fineza, diciéndole que estaba dando un paseo para estirar las piernas. El individuo me miró con cortés asombro y, tras despedirse de mí, reanudó su camino.

Yo seguí a pie, Hacía un tiempo espléndido y la autopista aparecía bordeada por frondosos árboles que daban fresca sombra y hacían verdaderamente agradable el paseo. Finalmente, después de media hora de camino llegué a los arrabales de la ciudad.

Pude Observar que los edificios eran todos nuevos y de una arquitectura completamente desconocida para mí, aunque aplicada estrictamente a la función que desempeñaban. Había calles elevadas que se cruzaban a distintos niveles y por las cuales discurría un intenso tránsito de automóviles. No vi ningún guardia de tráfico ni hombre alguno con uniforme que indicara autoridad; por lo visto, el respeto a la disciplina y a las leyes que tenían los habitantes del siglo XXXVI era muy grande.

La gente iba bien aunque brevemente vestida, más o menos como yo, de modo que mi presencia no causó extrañeza. Pude ver

muchas aceras deslizantes, por las cuales, sin embargo, circulaban muy pocas personas.

Por lo que pude deducir, la inmensa mayoría del tránsito se realizaba por medio de vehículos.

Los edificios, en su inmensa mayoría, eran altos, pero no tanto como los colosales rascacielos del Gran Nueva York. Una cosa me extrañó de ellos: salvo la puerta de acceso, no se divisaba ninguna otra abertura. Más tarde tendría la explicación de aquella rara manera de construir las casas; de momento, no pude hacer sino extrañarme de tan singular peculiaridad. Claro que había algunos edificios que tenían más de una puerta, no sólo en sus distintas fachadas sino también a diferentes niveles; ya he dicho que había muchas calles suspendidas y aquellas puertas en lo alto servían para pasar al interior.

Al cabo de un buen rato de caminar, empecé a pensar en el mejor medio de localizar a Oriana. De pronto, cuando más descuidado estaba, un automóvil se detuvo a mi lado.

El conductor levantó la cúpula y me sonrió. Era el mismo que me había, ofrecido un puesto en su vehículo una hora y media antes.

—Veo que está perdido, amigo —dijo.

—No diría que no —respondí cautelosamente.

—¿Por qué no viene conmigo? —sugirió—. Yo le llevaré a donde desee.

—Gracias —contesté—, pero temo originarle molestias innecesarias.

—No me dará ninguna molestia, descuide —dijo sin dejar de sonreír—. Vamos, suba.

—Está bien.

Monté en el coche. El hombre bajó la cúpula y el automóvil se puso en marcha inmediatamente.

—Me llamo Durey —dijo.

—Alois —contesté.

Por lo visto, en aquella época sólo se usaban los nombres, sin apellidos ni tratamientos. Era preciso, pues, ambientarse con el tiempo en que uno vivía.

El automóvil reptó por una calle que serpenteaba entre una serie de edificios de buena altura, recorrió un tramo recto y finalmente se

detuvo ante una puerta situada a pocos metros del remate cupular del edificio, cuya elevación calculé en unos ciento veinte metros sobre el nivel inferior de la calle.

Durey se apeó y le seguí. Entramos en la casa y ascendimos una suave rampa en espiral hasta lo que me pareció el último piso. Durey se detuvo ante una puerta, sacó una llave y la abrió.

—Pase —me dijo con invitadora sonrisa.

Franqueamos el umbral. Miré con asombro a mi alrededor. Casi todo lo que era pared tenía una transparencia perfecta, de vidrio puro. Pensé que los muros del edificio podían ser polarizados a voluntad, a fin de dejar pasar la luz y los rayos-visuales según conviniera. Por supuesto, el aire estaba acondicionado.

El mobiliario era mínimo pero cómodo y confortable. Durey se dirigió hacia un trozo de la pared, que era opaco en aquel sector, presionó sobre la misma y dejó al descubierto un pequeño bar, con botellas y vasos. Llenó dos de éstos y me entregó uno, que contenía un licor ambarino del que se desprendía un agradable y penetrante perfume.

Levantó su mano.

—¡Yandahar! —exclamó.

Pensando en que sería alguna fórmula de cortesía para los momentos del brindis, repetí la fórmula.

—¡Yandahar!

Bebí. El líquido infundió en mis venas un agradable calorcillo. Era muy bueno.

—Bien —dijo Durey—, ¿qué ha averiguado?

Puse cara de tonto.

—¿Averiguar? No le entiendo, amigo.

Durey frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿No es usted el hombre con quien tenía que reunirme?

—Me parece que aquí hay una pequeña confusión —respondí—. Es la primera vez que llego a esta ciudad. Yo…

El rostro de Durey adquirió una expresión totalmente distinta. Sus ojos arrojaban llamas.

—¿Por qué repitió la clave? —preguntó hostilmente.

Su tono era diametralmente opuesto al que había empleado hasta entonces.

—¿La clave? ¿Se refiere a esa palabra, Yandahar?—. Pregunté atónito. No tenía la menor idea de adonde quería ir a parar aquel individuo.

—Sí —casi gritó mi interlocutor—. Yandahar. ¿Por qué pronunció usted esa palabra?

—Bueno, usted me ofreció el licor —respondí, sin tener la menor idea de las pretensiones de Durey—. Pensé que sería una fórmula de cortesía. Entre nosotros, solemos decir «Salud» o «Buen provecho»…

Durey dio un paso hacia atrás. Movió la mano velozmente y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía, sacó algo muy parecido a una pistola.

Inmediatamente se me formó una dura bola en el estómago. ¿Qué pretendía aquel tipo? ¿Matarme?

—Eres un maldito espía del D. I. T. —dijo, barbotando las palabras—. Has conseguido localizarme, pero voy a…

Durey no pudo terminar de hablar. La puerta se abrió súbitamente, con gran violencia, y varios hombres irrumpieron en la habitación.

Los recién llegados iban también armados con unas pistolas muy parecidas a la que empuñaba Durey. Éste volvió la vista hacia los que acababan de penetrar en la estancia.

No hubo más palabras; las pistolas chisporrotearon en el acto, transformando en un santiamén el cuerpo de Durey en una irreconocible y pestilente masa de carbón.

La experiencia me ha enseñado que en circunstancias semejantes lo mejor es alzar las manos. Así lo hice, y mi gesto, posiblemente, me evitó correr una suerte semejante a la de Durey, porque ya los recién llegados se disponían a asarme vivo.

Durante unos momentos, nos miramos mutuamente. Luego, el que parecía ser el jefe de aquella patrulla me indicó la puerta.

—Salga, maldito espía —dijo—. Salga, delante de nosotros y no intente el menor gesto sospechoso o le convertimos en carbón.

—Escuche, yo no soy ningún espía…

Mi protesta fue cortada en seco por un fenomenal golpe con el cañón de una de aquellas extrañas pistolas. Sentí que se me doblaban las rodillas y todo cuanto me rodeaba se esfumó en una

espesa niebla.

Sin embargo, no perdí del todo el conocimiento. Vagamente, pude darme cuenta de que dos de mis captores me agarraban por debajo de los sobacos y me sacaban a rastras de la estancia. Unos momentos después era arrojado sin ninguna ceremonia al fondo de un automóvil.

El jefe de la patrulla dijo algo sumamente revelador.

—Vamos. En el D. I. T. le sacaremos a este tipo todo lo que nos interesa saber.

El coche emprendió la marcha con rumbo desconocido.

CAPÍTULO VIII



L siglo XXIX marca el fin de la Edad Negra. Hacia 2843, un joven terrestre, Raylson, persona dotada de gran inteligencia natural, descubrió un extraño aparato abandonado en el centro de una selva, en la que hasta hacia muy poco habían habitado los octópodos, que, como es sabido, se extinguieron rápidamente dadas las adversas condiciones de la atmósfera terrestre.

Las leyendas transmitidas de boca en boca y de generación en generación hablaban de los viajes que los hombres habían realizado por el espacio, a los planetas y a las estrellas. Cuando Raylson descubrió el aparato, supo desde el primer momento, sin ningún género de duda, que se hallaba delante de un vehículo espacial.

La astronave se hallaba en muy mal estado, aunque sus metales se habían conservado magníficamente. Acuciado por una viva curiosidad, Raylson penetró en el aparato y lo examinó atentamente, llegando a la conclusión de que quizá, con grandes esfuerzos, podría ponerlo en condiciones de funcionar otra vez.

De no haber sido por la natural predisposición de Raylson, sus esfuerzos se habrían visto condenados al fracaso. Pero Raylson tenía grandes aptitudes para, la mecánica y había construido algunos aparatos y máquinas que, a pesar de ser movidos a brazo, simplificaban grande mente los trabajos de los escasos humanos que entonces vivían en el planeta. Largos años de constantes esfuerzos y no pocos fracasos fueron precisos para que, al fin, Raylson pudiera poner de nuevo el aparato en funcionamiento.

Cuando, al fin, lo hubo conseguido, viajó por el espacio. Consumió gran parte de su vida en exploraciones espaciales hasta aterrizar un día de un planeta, cuyos habitantes descendían de la Tierra y que poseían una floreciente civilización. Los habitantes de dicho planeta, llamado Kearkuk, perteneciente al sistema de Vega, de la constelación de Lira, a 33 años luz de la Tierra, conservaba aun buena parte de las tradiciones que les fueron transmitidas por sus mayores. La llegadla de Raylson galvanizó a los kearkukianos y se organizó una expedición para viajar hasta nuestro mundo. Esta expedición fue el origen de nuestra época actual…

Oriana cortó la transmisión y la pantalla donde se proyectaba el telefilm histórico se apagó al instante.

La joven se reclinó en un sillón. Así había empezado la historia de la época en que vivía. Y ella sabía cuál era el origen de la astronave destrozada y abandonada que Raylson había encontrado siete siglos antes.

Pensó en la singular coincidencia que era el viaje cronológico

realizado por Alois y Jan. De no habérseles ocurrido semejante cosa a aquellos habitantes del siglo XXII, Raylson no habría hallado el astroyate y…, ¿podía preverse lo que hubiera sucedido entonces?

Oriana suspiró. Recordaba a Alois. Lástima que se tratase de un hombre nacido mil cuatrocientos años antes que ella. Ya tenía, veintisiete años y aún continuaba soltera, no por falta precisamente de pretendientes. Muchas de sus amigas se habían casado ya y la que menos, tenía dos chiquillos. Pero ella no había encontrado aún al hombre de sus sueños…, bueno, sí lo había encontrado; lo que sucedía era que había nacido catorce siglos antes que ella. Si pudiera traerlo hasta la época actual…

Pero no, las transposiciones físicas de edad estaban severísimamente prohibidas. Cada humano debía vivir en su época. Una cronotraslación indebida podía dar lugar a terribles catástrofes, incluso a una alteración de la historia. Alois podía tener novia, luego casarse y más tarde ser padre quizá de algún famoso inventor. Si se traía a Alois a su tiempo y no lo dejaba casarse, sus hijos no nacerían en el siglo XXII y ese supuesto famoso inventor no habría existido jamás.

Suspiró. Se acordaba demasiado de Alois. Y sólo había estado con él media hora. Lástima, lástima.

Sonó un zumbido. Le recordaban que era ya llegada su hora de observación ante las cronopantallas.

Al entrar a tomar su servicio, firmó una petición.

Deseo recorrer la cronología del hombre llamado Alois, nacido en el siglo XXII y que viajó en el primer cronomóvil. A ser posible, hasta el principio de la Edad Negra.

Oriana, Ag. 37-N-Qt

La concesión del permiso no se hizo esperar. Oriana era un buen agente del
D. I. T.,
y su última misión se había visto coronada por el éxito. Se merecía, pues, la autorización.

Sentándose ante la pantalla, empezó a escrutar las edades. Llegó

hasta Alois y lo vio casarse ya un poco tarde, a la edad de cincuenta años, con una agraciada viuda de treinta y cinco, la cual le dio un hijo dos años después de su matrimonio.

Oriana siguió pacientemente la línea de los descendientes de Alois, hasta la duodécima generación. Entonces nació el inventor.

El inventor descubrió un arma terrible, un arma capaz de destruir no ya un sistema solar sino incluso una gigantesca porción de la galaxia, precisamente, poco antes del ataque extraterrestre que había sumido al planeta en la Edad Negra. Oriana se quedó aterrada con su descubrimiento.

Inmediatamente pidió ser relevada y solicitó una audiencia con Werthal.

Werthal atendió a la joven en el acto. El jefe del
D. I. T.,
escuchó en silencio la exposición de Oriana. Al terminar, dijo:

—Es imperativo evitar que Alois se case.

—Entonces —preguntó ella, con el corazón palpitante—, ¿puedo traerlo a nuestra era?

Werthal sonrió comprensivamente.

—Se ha enamorado de él, ¿verdad?

Oriana se ruborizó intensamente.

—Sí…, creo que sí.

—Bien —dijo el jefe del
D. I. T.
—, creo que ésta es una ocasión en que se pueden quebrantar las Cronoleyes. Si permitiésemos que Alois continuara viviendo en su época, no se produciría la Edad Negra y, por lo tanto, nosotros no existiríamos. Es preciso dejar que la historia siga su curso.

—Y la viuda se quedará compuesta y sin novio, —sonrió Oriana.

—Ya encontrará otro —dijo Werthal en el mismo tono chancero —. A los treinta y cinco años, una mujer aún puede hacer bailar de coronilla a muchos hombres, por poco que se lo proponga. Le extenderé los pasaportes inmediatamente.

Poco después, Oriana hacía su aparición en la sala de cronomóviles. Eligió un biplaza y sin más dilación partió en busca de Alois.

Los agentes del
D. I. T.,

poseían un sólido entrenamiento en materia de ambientación y costumbres, de modo que pudieran desenvolverse en todo momento como un habitante del siglo al que viajaban. Llevaban ropas y documentación de la época y hasta dinero para los gastos que tuviesen precisión de hacer mientras duraba su misión. Por ello, pues, la presencia de los agentes del
D. I. T.,
en una época pretérita pasaba desapercibida, máxime cuando una de sus instrucciones básicas consistía en no mezclarse absolutamente para nada en los sucesos del tiempo en que se encontraban.

Para Oriana fue fácil encontrar la empresa donde trabajaba el joven. Fue a preguntar por él y se encontró con la desagradable sorpresa de que Alois se había despedido y no pensaba volver a trabajar más en aquella casa.

Durante unos momentos, Oriana se quedó como aturdida. ¿Dónde estaba Alois?

—Al menos —dijo—, podrá usted indicarme su domicilio.

—Oh, por supuesto que sí, señorita —le contestó el amable caballero que la había atendido—. El señor Turner reside en la calle 603 Este, 8468.

—Muchas gracias —contestó la muchacha.

Momentos después estaba en la calle. Tomó un helitaxi, que le condujo a la terraza de aparcamiento de helicópteros del edificio. Preguntó en conserjería superior y le indicaron el número del apartamiento del joven.

Con el corazón palpitante, Oriana descendió cincuenta pisos en el ascensor. Buscó, en el pasillo correspondiente, el apartamiento de Alois y llamó.

Esperó inútilmente. En vista de que nadie contestaba a sus llamadas, bajó a conserjería inferior, situada a veintidós pisos más abajo.

—¿El señor Turner? —contestó el conserje—. Lo siento; abonó el alquiler de su apartamiento y dijo que ya no volvería más. ¿Quiere usted quedarse con el apartamiento, señorita?

Oriana se quedó helada. Tampoco allí estaba Alois. ¿Dónde podría haberse ido?

Se lo preguntó al conserje. El conserje le dijo que no tenía la

menor idea. La muchacha se sintió desconcertada y acongojada. ¿Qué hacer?

De pronto se le ocurrió una idea. Tomó el visófono y pidió una comunicación de largo alcance.

Minutos después estaba hablando con Jan Supper.

Supper se alegró enormemente de verla a través de la visoplaca.

—¿Cómo usted por nuestra época, señorita? —exclamó.

—Estoy buscando a Alois —contestó ella—. Jan, ¿tiene usted alguna idea de adonde puede haber ido?

—En absoluto —contestó Supper—. Desde que regresamos del siglo XXVII no he vuelto a verle. ¿Es que ha desaparecido?

—Sí. En su oficina me han dicho que se ha despedido y en el edificio donde vivía me comunican que canceló el alquiler del apartamiento. Nadie sabe dónde está.

Jan se quedó pensativo unos momentos. Al cabo, dijo:

—¿Ha preguntado usted en su Banco? Los Bancos gustan siempre de conocer el paradero de sus clientes.

—No se me había ocurrido esa idea, es cierto —exclamó la muchacha. Y añadió—: Pero no sé cuál era el Banco de Alois.

—Espere. —Jan se quedó unos momentos en actitud meditabunda—. Una vez creo que le oí mencionar… Sí, ahora recuerdo. Es el
«Spatial & Universal»,
un Banco de, nombre muy pretencioso, pero de poco volumen de operaciones. En la guía encontrará usted…

Jan se quedó con las palabras en la boca. Oriana había cortado ya la comunicación.

El conserje la orientó sobre el domicilio del
«Spatial & Universal
Bank». Minutos después, Oriana estaba preguntando per el paradero del joven.

—Lo siento, señorita, pero no podemos decirle otra cosa, excepto que canceló su cuenta corriente, llevándose cuanto dinero tenía.

Un nuevo golpe para Oriana. La muchacha lo encajó con resignada filosofía. ¿Qué pretendía hacer Alois con aquel extraño modo de comportarse?

Meditó unos momentos. Había dejado su trabajo, había

abandonado el domicilio y había sacado, en fin, todo el dinero que poseía del Banco. ¿Cuáles eran sus propósitos?

Una idea germinó y fructificó rápidamente en su cerebro. Sin entretenerse en absoluto, pidió y obtuvo una guía del Gran Nueva York. Buscó en la sección profesiones.

ASTROYATES USADOS, VENTA DE

Había una docena de tipos que se dedicaban a la venta de tales vehículos. Oriana tomó las direcciones dé todos ellos y reanudó sin más sus investigaciones.

No halló rastro de Alois hasta que habló con el séptimo vendedor. El individuo, barrigudo y rechoncho, que fumaba un pestífero cigarro, la recibió con cierta suspicacia.

—¿Alois Turner? ¿Por qué lo quiere saber usted, señorita?

Oriana decidió tomar el asunto por la vía sentimental.

—Voy a casarme con él —contestó.

El vendedor la miró especulativamente de arriba a abajo.

—¡Cielos! ¿Una mujer como usted…, y buscando a un hombre, cuando debería ser al revés? El señor Turner debe de estar chiflado; en su lugar, yo arrasaría la ciudad para casarme con usted, señorita.

Oriana enrojeció, a la vez que sonreía de mala gana.

—Ya ve —dijo—. Los hombres son así. Bien, ¿qué me contesta?

—Bueno, el señor Turner me compró un astroyate. Es todo lo que puedo decirle.

—¿No insinuó, nada acerca del lugar adonde pensaba dirigirse?

—En absoluto.

El rostro de Oriana expresó decepción y desconsuelo al mismo tiempo.

—¡Oh! —Fue todo lo que supo decir.

El vendedor se compadeció de ella.

—Escuche, señorita —dijo—, tengo un amigo en el Control de Vuelos Espaciales. Quizá él pueda saber algo o, por lo menos, informarse. ¿Le importaría esperar unos momentos?

—Oh, no, en absoluto —exclamó Oriana, esperanzada.

El vendedor tomó la visoplaca y marcó un número. Esperó unos instantes y luego empezó a hablar.

—¿Jim? Hola, granuja, soy Barrow. Sí, Elmo Barrow, el mismo.

Claro que sí, sinvergüenza, cuando quieras… Oye, tengo que pedirte un favor… Mira, se trata de que me digas con qué órbita salió un astroyate particular… Sí, te daré su numeración. Escucha: 34 GG-0S3 L… Vamos, date prisa, estoy esperando. Sí, es urgente, Jim…

La respuesta se demoró casi cinco minutos. Oriana estaba a punto de estallar.

Pronto oyó la voz de Barrow.

—Chico, lo siento; no tenemos en el control ninguna anotación de ese astroyate… ¿Estás seguro de la numeración? Claro que sí, lo habrás vendido tú… Bien, lo lamento, Elmo. ¿Alguna cosa más?

Barrow cortó la comunicación y se volvió hacia la joven.

—Ya lo oyó usted, señorita. Su amigo partió sin hacer el oportuno manifiesto de órbita. Si se encuentra con una patrulla espacial, lo va a pasar muy mal.

Oriana se mordió el labio inferior. Estaba a punto de echarse a llorar, pero consiguió dominarse. Musitó un «gracias» apenas perceptible y salió de la oficina de Barrow.

En la calle se detuvo a pensar unos momentos. ¿Para qué había comprado Alois el astroyate? ¿Por qué no había solicitado el correspondiente manifiesto de órbita en el Control de Vuelos Espaciales? ¿Cuáles eran sus propósitos al partir del planeta de modo tan subrepticio?

Alois sólo podía haber hecho una cosa: trasladarse a su siglo para buscarla a ella. Pero, entonces, ¿por qué la observación, a través de la cronopantalla, le había dicho que iba a casarse con una atractiva viuda y convertirse en un pacífico padre de familia? ¿Qué misterio era aquél?

Apretó los labios. Sólo podría desentrañarlo de una forma: regresando nuevamente a su época.

CAPÍTULO IX



n vano traté de desasirme de las abrazaderas metálicas que me mantenían sujeto al sillón.

—¡Les digo que yo no soy ningún espía del tiempo! —aullé.

Estaba empapado de sudor y me sentía ya cansada y exhausto, después de nueve horas de constantes interrogatorios. Como en los tiempos antiguos, un potente foco de luz concentraba sobre mi rostro sus insoportables rayos, mientras que dos o tres agentes de la Policía del Tiempo me ametrallaban continuamente a preguntas.

—¿Cuáles eran sus propósitos?

—¿Qué instrucciones le dio Durey?

—¿De qué hablaron?

—¿En qué forma planeaban el sabotaje temporal?

—¿Por qué planeaban un cronoclismo beneficios para su época?

—¡Confiese: es un espía del tiempo!

—Hable de una vez, Turner.

—Díganos todo lo que sepa.

—Confiese…

—Hable…

—Hable…

—¡No sé nada, no sé nada! —aullé—. Ya les he dicho toda la verdad. Nunca había visto a Durey antes de ahora.

—Emplearon una contraseña: Yandahar. Lo oímos perfectamente. ¿Qué se proponían hacer en nuestra época?

—No lo sé. Durey iba a matarme cuando aparecieron ustedes…

—¡Miente! Trató de fingir, pero no le sirvió de nada. Usted y él tenían concertado ya un encuentro…

—¡Confiese!

—¡Hable de una vez, Turner!

El sudor me corría a chorros por la cara y el cuello. Tenía una sed abrasadora y mis nervios estaban a punto de estallar.

—Repito que no sé nada, no sé nada. ¿Me oyen?

—Está mintiendo, Turner.

—¡Váyanse todos al infierno!

Mis palabras provocaron un gran silencio en la sala. Pude darme cuenta de que los agentes se miraban unos a otros con expresión de desconcierto.

—A ver si va a resultar cierto que este hombre no es de nuestra época.

—La exclamación es típica: anterior al siglo XXV.

—No os fiéis mucho de él: habrá viajado a una de esas épocas para ambientarse.

—¿Cómo diablos quieren que viaje a esa época si yo vivo en ella? —barboté.

Por lo visto, el lenguaje del siglo XXXVI era muy correcto y no usaban semejantes expresiones.

—Escuche —dijo uno de los agentes—. Durey era un peligroso espía desplazado a nuestro siglo desde el suyo, es decir, desde el siglo XL. Durey, en unión de otro de sus compinches, es decir, usted, trataba de provocar un cronoclismo que lo hubiera convertido con el tiempo en el dictador de su edad. Naturalmente, nosotros, enterados de sus propósitos, hemos, procurado impedírselo por todos los medios…

—Yo creí que ustedes no influían en los tiempos futuros —dije con sarcasmo.

—El cronoclismo que Durey quería provocar era inmediato. Hubiese alterado los acontecimientos de nuestra época en un plazo inferior a un año —respondió el policía—. Naturalmente, no podíamos permitírselo.

—Ya —exclamé—, y ahora, ustedes, tratan de achacarme a mí las ansias megalomaníacas de Durey, ¿no?

—¿No era usted su cómplice?

—¡Ya les he dicho mil veces que yo vengo del siglo XXII! Estoy buscando a una chica de esta época, también agente como ustedes. Se llama Oriana…

—Oriana —dijo uno—. El nombre me suena.

—¡Bah! No hagas caso; esos tipos están bien documentados.

—¿Por qué no la llaman a ella? —pregunté—. Si la hacen venir aquí, Oriana dirá en seguida quién soy.

—Sí, un espía del siglo XL —contestó un agente—. ¿Por qué no confiesa de una vez la fecha y el lugar del cronoclismo?

—Porque no lo sé —respondí cansadamente—. Porque yo no soy ese agente que… Oigan —dije de pronto—, ¿no tienen ustedes un detector de mentiras? En una época tan civilizada como ésta, un aparato semejante no puede por menos de haber sido inventado. Si lo tienen, úsenlo conmigo; ya verán cómo…

—Tenemos otra cosa mejor —dijo severamente uno de los guardias—. Pero si lo utilizamos y luego resulta que nos ha estado engañando…

—¿Qué sucedería? —pregunté.

—El aparato es infalible. Si resulta que es usted culpable, lo ejecutaremos aquí, en el acto.

Solté una risita.

—¿Y si hubiera confesado? —pregunté.

—También, ya habría muerto —contestó el mismo agente.

—¿Lo ve? —exclamé triunfalmente—. Sea como sea, no puedo escaparme, a menos que sea inocente. Hubiera, sido inútil resistirme, sabiendo que podían emplear ese aparato conmigo, ¿no creen?

Mis argumentos eran irrebatibles. Por unos momentos, vi a los agentes un tanto desconcertados, mientras celebraban un conciliábulo entre ellos mismos.

—Está bien —resolvió al cabo de unos momentos el que parecía

ser su jefe—. Vamos a aplicarle el detector. Pero ya sabe la pena que le espera si…

—Vamos, vamos —corté con impaciencia—, traigan pronto ese cacharro. Estoy ansioso de demostrarles que soy un hombre del siglo XXII.

—En el siglo XXII no había aún cronomóviles —renegó un agente.

Le hubiera mirado con desprecio, pero el foco de luz me lo impedía. Tuve que limitarme a rezongar unas palabrotas acerca de su ignorancia.

Uno de los agentes salió y momentos después regresó con una gran caja metálica, que depositó en el suelo. Pero antes de que pudiese levantar la tapa, un hombre penetró en la estancia.

—Suéltenlo —dijo—. Este hombre es inocente. El cómplice de Durey ha sido hallado y muerto al intentar resistirse.

Sonó un chasquido. La luz del foco se extinguió en el acto, con gran alivio por mi parte. Había más luces, pero durante unos momentos no pude hacer otra cosa que tener los ojos cerrados.

Alguien me acercó un vaso lleno de agua hasta los bordes. Bebí con ansia y el líquido se derramó por la pechera de mi camisa. Al cabo de un minuto, logré, al fin, recuperar la visión normal.

El hombre que había entrado últimamente se dirigió a mí:

—Tendrá que disculpamos, Alois —dijo—. Hemos cometido un gravísimo error, que estamos dispuestos a subsanar de inmediato.

Alguien tocó un resorte. Las abrazaderas metálicas que me sujetaban al sillón cedieron.

—Bien, ya lo veo —contesté—. ¡Valientes policías son ustedes! ¿No pudieron ver, por la tela de mis ropas, que no pertenecía a esta época, que era un tejido muy distinto al suyo?

—Eso no tiene importancia —contestó el individuo—. El tejido puede sustraerse a su época o bien imitarse. Los espías del tiempo no se paran en barras.

—Lanzó un suspiro. —Continuamente tenemos que andar previniendo cronoclismos de individuos que pretenden modificar el curso de su época a su antojo y conveniencia.

—¿Cómo diablos se les ocurrió relacionarme con ese maldito Durey? —pregunté.

—Lo vigilábamos continuamente. Le vimos hablarle en la

autopista y luego en la ciudad. Les seguimos… Hubiéramos interrogado a Durey, pero cuando le sorprendimos con una pistola en la mano, no tuvimos otro remedio que disparar contra él.

—Y ahora han hallado ya al verdadero cómplice —dije.

—Sí. Fue hallado y muerto. Esos dos tipos ya no volverán a darnos más molestias.

—¡Vaya! —comenté—. Yo creía que en las épocas supercivilizadas actuaban de un modo muy distinto. Bien, como sea, yo he venido aquí a otra cosa. Quiero…

—Lo siento —cortó el jefe—. Si usted no es de esta época, debemos devolverle a la suya. Usted no puede vivir en nuestro siglo.

—¡Eh! Pero yo vine buscando a una chica…

El jefe hizo una seña. Dos fornidos agentes se acercaron al sillón y, agarrándome por los brazos, me pusieron en pie a la fuerza.

—¿Qué van a hacer conmigo? —chillé.

—¡Ya lo oyó!

La respuesta sonó seca, tajante, como un trallazo. Me di cuenta de que era inútil resistirse.

—¿Y mi astroyate? —pregunté con un alarido.

EL jefe se detuvo.

—Es cierto —dijo—. Si vino del siglo XXII y entonces no había cronomóviles, ¿en qué vehículo viajó?

Le expliqué la forma en que había recorrido el tiempo, ganando órbitas al planeta. Mis explicaciones fueron escuchadas con toda atención por los presentes.

—Bien —murmuró el jefe cuando terminé—, no hay duda de que su sistema de viajar a través de las épocas es sumamente ingenioso. Pero no podemos consentir que siga utilizándolo.

—¡Eh! —me alarmé.

Los dos agentes me sacaron de la estancia poco menos que a rastras, sin que me valieran las protestas para nada. Momentos después embarcábamos en un automóvil, que nos condujo hasta el borde del bosque dónde había dejado mi astroyate.

Bajamos del coche y caminamos unos momentos a través de la espesura, hasta encontrar el astroyate. El jefe dio unas cuantas vueltas en torno al aparato, examinándolo con suma atención.

Después dio unos pasos atrás, sacó una pistola y empezó a

disparar contra el aparato, convirtiéndolo en pocos momentos en un ingente montón de metal fundido, del que se escapaba un intensísimo calor.

La acción del jefe me dejó sin habla. Cuando quise recobrarme, estaba de nuevo en el aeromóvil.

Quise protestar, pero sentí un pinchazo en el brazo. Una extraña laxitud se apoderó de todos mis miembros, impidiéndome el menor movimiento. Podía oír, pero nada más; ni siquiera emitir un leve gruñido de protesta.

Al cabo de un buen rato, llegamos a un alto edificio que parecía construido enteramente de metal. Los dos agentes me bajaron, sosteniéndome en vilo. Entramos en el edificio y luego en un ascensor, que nos condujo a uno de los pisos superiores.

Las imágenes eran captadas bien por mis pupilas. Todo cuanto pasaba ante mis ojos me causaba un infinito asombro. En sólo setecientos años, es decir, después del final de la Edad Negra, aquellos hombres habían creado una floreciente civilización, infinitamente superior a la de mi época.

Atravesamos varios corredores y llegamos por último a una gran sala, llena de aparatos idénticos en un todo al que Oriana había utilizado para materializarse junto a nosotros, en el siglo XXVII. Los agentes me colocaron en un sillón, en uno de los cronomóviles, y me sujetaron con: unas abrazaderas.

Uno de los agentes se situó ante los mandos. Empezó a mover las manos y, de repente, todo cuanto había ante mis ojos desapareció.

El otro agente repitió el pinchazo. Esta vez me dormí profundamente.

CAPÍTULO X



brí los ojos. Durante unos momentos, permanecí con los sentidos embotados, contemplando con aire estúpido el panorama que me rodeaba. ¿Por qué me hallaba tendido en el suelo, en medio de un grupo de plantas de jardín?

Mi mente se despejó con rapidez. Pronto recobré el completo uso de mis miembros y me senté en el suelo. Creía reconocer el lugar. ¿Era posible que hubiera venido a parar a…?

De pronto me pareció oír unos pasos de hombre. Hice un esfuerzo y me puse en pie, para mirar por encima de los arbustos.

—¡Jan!

Supper me miró con estupefacción.

—¡Alois! ¿Qué demonios haces aquí? —preguntó. Estaba cuidando las plantas y tiró los utensilios de jardinero a un lado para correr hacia mí.

Me pasó la mano por la frente.

—Te asombrarás cuando te cuente lo que me ha pasado. Pero, antes, por favor, ¿no tendrás por ahí una taza de café?

—¡Naturalmente! —Jan me agarró por el brazo—. Ven a casa, Alois. Estoy ardiendo en deseos de sabor de qué modo tan misterioso te las has arreglado para aparecer en mi jardín como caído del cielo.

—Caído del cielo, no, aunque sí del siglo XXXVI.

—¿Del siglo XXXVI? Oye, no irás a decirme que… Bueno, vamos a casa; allí me lo contarás todo.

Entramos en el edificio y pasamos a la sala de estar. Jan preparó dos tazas con agua caliente y a continuación echó dos comprimidos de café soluble. Me ofreció el azucarero y, después de poner un terrón en mi taza, revolví la infusión un momento y la despaché de un trago.

—Dame un cigarrillo —dije.

Jan obedeció. Cuando hube aspirado el humo del cigarrillo un par de veces, manifesté:

—Jan, ¿te sorprendería mucho, si te dijera que, aunque sólo he visto a Oriana una vez y aun durante pocos minutos, estoy locamente enamorado de ella?

Mi amigo sonrió con indulgencia.

—Bueno, si yo no me hubiese dado cuenta de que ella te miraba con ojos de camero degollado, te habría hecho la competencia, créeme.

—Vaya —dije, fingiendo enojo—, y yo que creía haber tenido bien ocultos mis sentimientos.

Jan se echó a reír.

—Oriana es una mujer de una pieza y merecedora de un hombre como tú. Oye —exclamó de repente, con tono de alarma—, ¿has dicho que procedes del siglo XXXVI?

—Sí.

—Lo cual significa —dijo pensativamente—, que para venir de dicha época, tuviste que trasladarte primero a ella.

—Justamente.

Jan se frotó la mandíbula.

—Entonces, por eso Oriana andaba indagando acerca de tu paradero, Alois.

Creí que mis ojos se salían fuera de las órbitas.

—¿Cómo? ¿Oriana ha estado aquí?

—Hablé con ella por visoplaca. Estaba en Gran Nueva York indagando sobre tu paradero. Me dijo que te habías despedido del trabajo y cancelado el alquiler de tu apartamiento.

—Por lo visto, estuvo practicando las gestiones a conciencia —comenté.

—Sí. Yo le dije entonces que no tenía la menor idea y que preguntase por ti en el Banco.

—Entonces, habrá averiguado que saqué todo el dinero que tenía ahorrado.

—Es muy probable —concordó Supper.

Permanecí unos momentos en silencio.

—Jan —dije al cabo— puedo admitir que Oriana esté enamorada de mí, pero ella es una mujer a la cual le faltan aún mil cuatrocientos años para nacer. Inversamente, en su época, yo soy un hombre que ha debido morir catorce siglos antes. ¿Por qué vino a buscarme? ¿Por qué tanto interés en averiguar mi paradero?

Supper alzó los hombros.

—Ah, eso yo… —murmuró con acento evasivo.

—No puede haber venido para buscarme y llevarme a su época, sólo para casarse conmigo. Tiene que haber más, algo más profundo, un motivo muy poderoso para que haya podido conseguir una autorización semejante. ¿No opinas tú así?

—Claro que sí, pero no se me alcanza ni de lejos cuál pueda ser ese motivo, Alois.

Encendí otro cigarrillo y empecé a pasearme por la estancia.

—Jan —exclamé al cabo—, te he dicho antes que venía del siglo XXXVI.

—Sí. Y supongo que si cancelaste tu cuenta de ahorros fue para comprar un astroyate que te permitiese viajar al futuro.

—Exactamente. Sí, llegué al siglo XXXVI y…

Conté todo lo que me había sucedido, sin omitir detalle, desde el momento de mi llegada al bosque, hasta que sentí el pinchazo de la inyección con la cual me habían dormido los agentes de la Cronopolicía. Jan escuchó atentamente, sin interrumpirme ni una sola vez.

Cuando hube terminado mi relato, dijo:

—De modo que esos tipos te prohibieron realizar más

cronoviajes.

—Así es, Jan. —Sonreí amargamente—. Y no hace falta que me lo ordenen por escrito; me he quedado sin un centavo… y sin astroyate.

Supper agitó la mano con ademán displicente.

—Eso es lo de menos, Alois —dijo—. Yo tengo dinero suficiente… aunque lo que más me preocupa en estos momentos no es tanto la prohibición, como los motivos que ha tenido Oriana para venir a buscarte.

—También a mí me extraña…, y me gustaría preguntárselo en persona, pero, francamente, ahora siento miedo de volver al siglo XXXVI.

Jan me miró con expresión sarcástica.

—De modo que estás loco por Oriana y tienes miedo. ¿Qué clase de enamorado eres tú, vamos a ver?

—Bueno —rezongué—, no me gustaría llegar al siglo XXXVI y liarme a tiros con los agentes de la Cronopolicía.

—Pero ¿ella no es agente también de ese organismo?

—No lo sé. Dijo que pertenecía —mejor dicho, que pertenecerá, porque aún tiene que nacer— al

D. I. T.

Pueden ser dos organismos distintos o tratarse de sendas ramos da una misma entidad estatal o paratemporal, vete a saber. Ni siquiera hemos tenido tiempo de enterarnos qué clase de gobierno impera en esa época.

Jan preparó otras dos tazas de café. Parecía muy preocupado.

—Tendríamos que averiguarlo —comentó.

Le miré con sorpresa.

—¿Cómo? ¿Tú… querrías venir conmigo?

—Claro —sonrió—. Estás sin blanca, ¿no?

Estrechó su mano con gasto vehemente.

—Gracias, Jan, gracias —dije conmovido, por la prueba de amistad que me estaba dando—. Correrás sin duda graves peligros…

Jan sonrió con suficiencia.

—Me divertiré un poco, eso es todo. Y en cuanto a los señores policías del tiempo…, les haremos una demostración de lo que puedan hacer dos salvajes del siglo XXII cuando aún no se habían

inventado los cronomóviles. Anda, vete a dormir; sin duda estarás cansado después de todo lo que te ha sucedido.

—No lo sabes bien —contesté—. ¿Qué piensas hacer tú mientras tanto?

—¿No te lo imaginas? —respondió Jan.

Me acompañó hasta un dormitorio y luego se marchó. Al quedarme solo, me di un buen baño y luego me acosté.

Dormí doce horas de un tirón. Cuando me levanté, pasé a la sala de estar. Allí encontré una nota.

> *Estás en tu casa, Alois. No te preocupes por mí; volveré lo antes que pueda. Ah, en el frigorífico tienes comida suficiente.*
>
> *J. S.*

Jan tardó casi dos semanas en aparecer. En todo aquel tiempo, tuve ocasión de preguntarme por qué Oriana no volvía a buscarme, cuando tanto interés había demostrado por mí en su viaje a nuestra época. Pero no pude hallar una respuesta satisfactoria por más que me esforcé en ello.

Supper regresó al cabo, tripulando un flamante astroyate provisto de todo lo necesario. Cuando lo vi aterrizar en un claro del jardín, corrí hacia él.

Mi amigo abrió la escotilla.

—Sube, Alois; partiremos inmediatamente.

No me hice repetir el ruego; estaba ansioso por llegar cuanto antes al siglo XXXVI. Unos minutos después, el astroyate se hallaba fuera de la atmósfera.

Recorrer aquellas mil cuatrocientas órbitas nos costó menos tiempo del que habíamos empleado en nuestro primer cronoviaje. La práctica, naturalmente. Por fin, aterrizamos en la época deseada.

Pero apenas hubimos puesto pie fuera del astroyate, nos quedamos estupefactos: allí no había el menor rastro de ciudad alguna.

Sólo estaba la selva, una selva tan salvaje y agreste como jamás hubiéramos podido imaginar.

CAPÍTULO XI


urante largo rato, permanecimos sentados, inmóviles como estatuas, incapaces apenas de hacer otra cosa que respirar. Al fin, me atreví a despegar los labios.

—¿Estás seguro de que hemos venido al siglo XXXVI? —pregunté con voz apenas audible.

—Los instrumentos no mienten —refunfuñó mi amigo. Extendió la mano hacia el indicador de órbitas—: Míralo tú mismo.

No, no existía error; estábamos en el siglo XXXVI…, pero no había el menor rastro de ciudad; sólo bosque, sin el menor signo de vida humana.

—No lo comprendo —dije—. ¿Qué habrá sucedido?

—¿Por qué no exploramos el terreno? —sugirió Jan.

—Bueno, pero debemos andamos con mucho cuidado. No vayamos a provocar alguna catástrofe que pueda tener otras repercusiones más adelante. Hemos de tener en cuenta que nos

hallamos en otra época y que, por tanto, no podemos ni debemos influir en sus acontecimientos, ¿estamos?

—De acuerdo —contestó Supper—. Pero no vamos a ir desarmados. No me gustaría tropezarme con algún octópodo…

—Los octópodos han desaparecido ya hace siglos de la faz de la Tierra —manifesté.

—Puede haber otras fieras.

—En eso estoy conforme. ¿Qué armas has traído?

—Rifles con proyectiles narcóticos. De este modo, si somos atacados, podemos desembarazarnos de nuestros presuntos enemigos sin causarles el menor daño.

—Una buena idea, por supuesto.

Soltamos las ligaduras que nos sujetaban a los sillones y nos pusimos en pie. Jan sacó de un armario los dos rifles y me entregó uno. También me dio un cuchillo de monte y algunas tabletas alimenticias, así como una cantimplora llena de agua. Por último, sacó una bolsa de cuero que colgó de su hombro izquierdo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un detector de masas metálicas. De este modo, podremos localizar el astroyate en cualquier momento, aunque nos perdamos en la selva.

—Piensas en todo —elogié.

Un minuto después poníamos pie en el herboso suelo del bosque. Con los rifles a punto, miremos en todas direcciones, en medio de un absoluto silencio, denso, opresivo, enervante.

—Vamos —dije al cabo de un momento.

Puesto que lo mismo nos daba ir hacia una parte que hacia otra, echamos a andar sin rumbo definido. El bosque era muy espeso, pero los árboles dejaban el espacio suficiente para poder pasar sin mayores inconvenientes.

De pronto oímos un crujido de ramajes. Antes de que pudiéramos aprestar los rifles, un animal pasó velozmente por delante de nosotros, a grandes saltos. Me pareció que se trataba de un gamo o algo por el estilo, pero la rapidez de su carrera era tal que apenas si tuvimos tiempo de examinarlo.

Unos segundos después, los ramajes crujieron de nuevo y un hombre pasó a todo correr delante de nosotros. Corría ciego tras el gamo, empuñando algo que nos pareció un venablo con el astil

construido con una rama recta y la punta de un trozo aguzado de sílex, unido al astil por una cuerda hecha con fibras vegetales. Vestía de pieles y tenía los cabellos y la barba muy crecidos. Su ansia por capturar al gamo era tal, que ni siquiera reparó en nosotros.

Después que hubo desaparecido el salvaje, Jan y yo nos miramos mutuamente, en medio de un estuporoso silencio.

—¡Cielo! —dije un minuto después—. ¿Has visto lo mismo que yo?

Jan se pasó la mano por la cara.

—Los instrumentos no mienten…, de lo contrario, diría que hemos retrocedido en el tiempo.

—Al Paleolítico.

—Justamente. Cuando todavía no habían descubierto los hombres el uso de los metales.

—Ese salvaje usaba un venablo con punta de sílex.

—Sí.

—¿Qué habrá pasado? ¿No existirá alguna región sin civilizar todavía en esta época, Jan?

—Posiblemente, Alois —concordó mi amigo—. De todas formas, vamos a ver si lo averiguamos.

Continuamos nuestro camino. Ahora íbamos con cien ojos, observando atentamente a todos lados y procurando escrutar el menor accidente del terreno. Sabíamos que aquella parte del globo, en aquella época, estaba habitada y, después de lo que acabábamos de presenciar, era lícito suponer que la acogida de los habitantes de aquel siglo no sería cordial en exceso.

Un cuarto de hora más adelante, nos detuvimos al borde de un gran claro, en cuyo centro se veían señales de una hoguera. Caminé hasta aquel punto y me arrodillé, para tocar las cenizas.

—Están frías —dije.

Y de pronto reparé en algo que me hizo sentir escalofríos.

—¡Diablos! —Escuché la voz de Supper. También parecía amedrentado.

El objeto que tanto nos había asustado era, simplemente, un hueso humano, un fémur para ser más exactos. Todavía tenía adheridas algunas fibras de carne y el penetrante hedor que despedía nos dijo que su primitivo dueño había muerto no hacía

mucho.

—¡Mira! —gritó Jan de pronto.

Un poco más allá, divisamos un cráneo humano. El cráneo estaba casi partido en dos por el impacto de un arma poderosa, posiblemente un hacha de piedra y, como el fémur, todavía tenía fibras de carne y hasta de piel y pelos adheridos al hueso.

Sentí unos vivos deseos de vomitar, pero pude dominar los violentos espasmos de mi estómago. Me puse en pie y miré a Jan. Los dos estábamos pensando en lo mismo.

¡Los hombres de aquella época eran caníbales!

¿Qué había pasado? ¿Qué terrible convulsión cronológica se había producido en la marcha de las épocas para transformar una era de poderosa civilización en otra de abyecto salvajismo?

De pronto, alguien lanzó un penetrante alarido a corta distancia de nosotros. Jan y yo giramos sobre nuestros talones en un santiamén.

Un salvaje estaba a pocos pasos de distancia, blandiendo un pesado venablo con intenciones fáciles de suponer. Antes, sin embargo, de que pudiera lanzar el arma, Jan pulsó el disparador de su rifle y el salvaje se desplomó redondo al suelo.

—Rayos —gruñó mi amigo—. Si me descuido, ese tipo nos ensarta.

—Vamos a examinarlo —sugerí.

Unos segundos más tarde, estábamos arrodillados al lado del cuerpo del salvaje, que permanecía completamente inconsciente. Dominando la repugnancia que nos producía el hedor desprendido de aquel cuerpo sucio y desastroso, lo examinamos con toda atención.

—Cuando se despierte —dijo Jan—, creerá que ha soñado.

—¿No somos nosotros los que estamos soñando? —murmuré lúgubremente.

Jan levantó el venablo.

—Esto no es producto de ninguna pesadilla —dijo. Se puso en pie y, tras balancearlo unos segundos en el aire, lo arrojó con fuerza contra el tronco de un árbol, en el que se clavó profundamente—. Para ser unos salvajes, han sabido encontrar exactamente el centro de gravedad. Está muy bien equilibrado, Alois. ¿Seguimos?

—Sí. ¿Cuánto dormirá el salvaje?

—Oh, una hora, más o menos. Le dispararé otra carga, para estar más seguros…

Las últimas palabras de mi amigo se convirtieron en un murmullo ininteligible. Vi que tenía los ojos clavados en un punto y miré hacia allí.

El vello de la nuca se me erizó en el acto. Frente a nosotros había un pelotón de salvajes compuesto por unos quince o veinte individuos, todos ellos armados con pesados venablos y mazas de guerra, hechas con una rama y una piedra más o menos redondeada.

Los salvajes avanzaron lentamente hacia nosotros. Sus ojos brillaban con ansia sin igual. Pensando en los restos humanos que yacían a tan corta distancia de nosotros, no pude por menos de sentir un terrible escalofrío.

Retrocedimos un par de pasos, apuntando con los rifles a los salvajes. Empecé a pensar que había cometido un error al intentar viajar a una época que no era la mía. Amaba mucho a Oriana, es cierto, pero la idea de terminar en el estómago de una de aquellas fieras bípedas no me causaba la menor alegría.

De pronto oímos unos gruñidos a nuestras espaldas. Volvimos la cabeza simultáneamente.

Otro grupo de caníbales, más numeroso aún que el anterior, se acercaba viniendo por el lado opuesto del claro.

—Estamos listos —dijo Jan, aprestando el rifle.

Súbitamente, se oyó un gran alarido. Los salvajes se arrojaron a una sobre nosotros y, antes de que pudiéramos disparar dos veces los rifles narcóticos, nos aplastaron bajo el peso del número.

En un santiamén, nos ataron como salchichas, con cuerdas de fibras vegetales que sacaron sabe Dios de dónde. Luego, numerosas manos nos izaron en vilo sobre sus cabezas e inmediatamente, las dos partidas de salvajes, convertidas ahora en una sola, emprendieron la marcha rápidamente a través del bosque.

Los salvajes corrieron durante casi una hora, sin tomarse un solo instante de reposo. No parecía sino que llevasen dos plumas en lugar de dos cuerpos humanos; nuestro peso no afectó nunca a la singular velocidad de su marcha, fácilmente comparable a la de un buen caballo al galope. Finalmente, y cuando ya pensábamos que aquello no iba a tener fin, salimos fuera del bosque.

Allí había una gran montaña de piedra, por cuya base pasaba un riachuelo. La falda de la montaña estaba horadada por multitud de cuevas, a las cuales se subía por medio de escaleras hechas con ramas de árbol y lianas. La ladera era cóncava y semejaba un colosal anfiteatro, cuya elevación podía calcularse fácilmente en unos doscientos metros.

Al pie de la montaña había una gran explanada, en la que se divisaban varios postes clavados en el suelo. El significado de aquellos postes se nos hizo fácil de comprender desde el primer momento.

Cuando aparecimos fuera del bosque, nuestros captores rompieron el silencio que habían guardado hasta entonces, profiriendo grandes aullidos, más parecidos a los de una bestia salvaje que a los que podía lanzar una garganta humana. Sus gritos atrajeron la atención de los moradores de las cuevas, cuyas entradas se poblaron al instante de numerosos seres, de ambos sexos y de todas las edades, desde el lactante hasta el anciano que apenas si podía tenerse en pie.

Los salvajes nos condujeron hasta el centro de la explanada, y nos ataron a sendos postes. Las ligaduras se nos habían clavado profundamente en la carne, pero este padecimiento era poca cosa comparado con lo que nos esperaba.

—Ahora se divertirán un rato con nosotros y luego les serviremos para el guisado —dije con aire fúnebre.

Jan asintió en silencio. Estaba muy pálido, pero procuraba mantener la serenidad. En cuanto a mí, como suele decirse, la procesión iba por dentro.

Los salvajes nos habían despojado de todas nuestras pertenencias, incluso las camisas, dejándonos únicamente los pantalones. Examinaban con infinita curiosidad los rifles narcóticos, sin tener la menor noción, claro está, de su utilidad. De pronto, uno de aquellos cafres presionó el disparador y uno de sus congéneres cayó redondo al suelo.

El salvaje rió estúpidamente, en tanto que en torno suyo se elevaba un coro de gritos inarmónicos. En vista de que el rifle causaba tales efectos, empezó a dispararlo de nuevo, hasta agotar la carga. Cuando terminó, dos docenas de cuerpos yacían por el suelo.

Luego quiso apoderarse del otro rifle. El salvaje que lo tenía se

negó a entregárselo. Entonces, el primero descolgó de su cinturón de piel un hacha de piedra y le abrió la cabeza. Pero otro salvaje, a su vez, le atravesó con su venablo. Los dos trogloditas quedaron en el suelo, en medio de sendos charcos de sangre.

—Por lo visto —dije con tono lúgubre—, aquí la vida tiene el mismo valor que una lata de guisantes vacía.

—Eso es lo que estoy viendo —comentó Jan con tono quejumbroso.

Los cadáveres fueron retirados a un lado. En cambio, los durmientes fueron trasladados cada uno a su cueva; al parecer, los trogloditas se habían percatado de que no estaban muertos, ya que respiraban normalmente. El instinto debió decirles que más tarde resucitarían, como así sucedió, en efecto.

Mientras tanto, Jan y yo habíamos sido rodeados por una vociferante multitud, que se agitaba impaciente a nuestro alrededor, blandiendo toda clase de armas prehistóricas. Las mujeres y los niños no eran los menos gesticulantes, y todos, en general, parecían ansiosos de probar nuestros filetes.

De pronto, por encima de aquel tumulto, sonó un gran grito.

Cientos de cabezas se volvieron a la vez hacia un punto. El escándalo se acalló de inmediato.

Alguien acababa de aparecer en medio de la ladera, en la boca de una cueva de mayor tamaño que las restantes. Era una mujer y cuando la vi, creí que los ojos se me saltaban fuera de las órbitas.

La mujer levantó ambos brazos al cielo, como implorando la protección de alguna desconocida deidad. El pueblo entero cayó de hinojos ante ella, canturreando a coro una monótona melopea.

Esto no me extrañó demasiado; todos los pueblos de la antigüedad han adorado siempre a una u otra divinidad. Pero lo que nunca pude suponerme es que la diosa de aquella tribu de trogloditas fuese Oriana.

CAPÍTULO XII



n muchas novelas de aventuras que he leído, una bella joven es la diosa de la tribu o su reina, o ambas cosas a la vez, fundiendo en una sola persona los dos poderes: el religioso y el de gobierno.

Éste parecía ser el caso de Oriana.

Además, en dichas novelas, se pinta a la reina de la tribu como una mujer de excepcional belleza, ataviada bárbaramente con tejidos hechos a mano y adornada con joyas de oro batido y piedras preciosas sin pulimentar. Esto, naturalmente, queda muy literario y agrada al lector. Una reina salvaje conquistada por un gallardo explorador, es éxito seguro.

En el caso de Oriana, la cosa cambiaba un poco. No es que fuese fea; antes bien, al contrario, seguía poseyendo una gran hermosura, puesto que era la misma. Pero ¡qué aspecto tan diferente al que mostraba cuando la conocí por primera vez!

Oriana aparecía vestida someramente con unos pedazos de piel

sin curtir, de los cuales se desprendía un hedor inaguantable. Sus cabellos, sueltos por la espalda hasta casi la cintura, estaban sin peinar, llenos de suciedad, lo mismo que su epidermis, que en muchos lugares aparecía con costras de mugre de Dios sabía cuántos días. No, no era una modelo publicitaria apta para presentar una nueva marca de jabón…, a menos que se usase el consabido «*slogan*» de «Antes de bañarse con el jabón X».

Descendió, eso sí, majestuosamente por las escaleras, hasta llegar a la explanada, sin que ninguno de sus súbditos osase alzar los ojos hasta ella. Atravesó las espesas filas de los trogloditas y se nos acercó, mirándonos con fría curiosidad. Tanto Jan como yo creíamos estar soñando.

No pude contenerme y lancé un grito:

—¡Oriana! ¡Soy yo, Alois! ¿No me reconoces? ¡Oriana, mírame!

Ya lo creo que me miró, pero, desde luego, no dio muestras en absoluto de reconocerme. Antes al contrario, nos espetó una larga parrafada en un idioma completamente desconocido para nosotros, mientras gesticulaba aparatosamente señalando en todas direcciones, pero sobre todo al cielo. Estaba encolerizada, se veía claramente.

No quise volver a hablarle, pues me percaté de que todo cuanto hiciese al respecto sería perfectamente inútil. Lo único que cabía hacer era rogar por una muerte pronta y rápida; nuestra situación, atados a los postes, nos hacía temer por una sesión de tormento nada agradable.

De pronto, Oriana se volvió y gritó unas cuantas frases en aquel idioma que más parecía hecho de ladridos de canes. Los trogloditas se pusieron en píe en el acto y un pelotón de ellos partió en dirección a una de las cuevas.

El grupo de salvajes volvió a poco, arrastrando a cuatro hombres que se debatían furiosamente.

—Deben ser prisioneros de otra tribu —sugerí.

Jan estuvo de acuerdo conmigo. Lo que sucedió a continuación fue sencillamente horrible.

Cuatro hachas se movieron casi al unísono, quebrando otros tantos cráneos. Los prisioneros rodaron por tierra, convulsionándose espantosamente, en medio de charcos de su propia sangre. Como todavía estaban vivos, fueron degollados con cuchillos de piedra

para terminar antes con su existencia.

Inmediatamente los descuartizaron, lo que provocó un clamor de alegría general. Acto seguido, comenzó un horrendo banquete de caníbales; se los comieron sin molestarse siquiera en asar la carne.

Algunos de los trogloditas bailaban delante de nosotros, blandiendo pedazos de carne aún chorreante de sangre. Comían como fieras, rugiendo y enseñando los dientes, mientras continuaban con su frenética danza.

Inexplicablemente, Oriana no tomó parte en el canibalesco banquete. Permaneció en pie, junto a nosotros, con los brazos bajo el pecho, contemplando, impasible, la orgiástica escena de antropofagia. Finalmente, al cabo de un buen rato, cuando terminó el horrible banquete, se volvió hacia nosotros.

Empezó a hablar con rapidez, mientras realizaba grandes y rápidos ademanes, señalando al cielo, al suelo y a los restos del banquete. No entendimos sus palabras, aunque sí creímos darnos cuenta de lo que había pretendido decirnos con sus gestos.

Luego se marchó, dejándonos solos con un greñudo centinela armado de hacha y venablo frente a nosotros. El resto de la tribu se retiró también a sus cuevas; la noche estaba ya cercana.

—Bueno —dijo mi amigo—, las intenciones de estos caníbales están bien claras.

—Sí —contesté—. Nos liquidarán mañana a mediodía, cuando el Sol esté en el ápice de su curva.

—Y luego pasaremos a sus agradecidos estómagos. Triste fin para dos hombres aún jóvenes y en estado de merecer.

No pude por menos de contener una sonrisa. Jan conservaba el buen humor, lo que significaba que no se habían perdido del todo las esperanzas.

—Lo que no entiendo —dijo Jan— es por qué Oriana ha aparecido en semejante forma, como reina de una tribu de caníbales trogloditas. ¿Tú comprendes algo, Alois?

Empecé a pensar.

—La verdad —respondí—, también a mí se me hace muy extraño. Estamos, cronológicamente hablando, en pleno siglo XXXVI, no hay error. ¿Por qué la civilización tan floreciente que arrancó del final de la Edad Negra, acabó en ésta época de insuperable salvajismo, donde el objeto primordial de la existencia es capturar a

un enemigo de la tribu para comérselo?

—Eso es lo que me gustaría saber —suspiró Jan.

—No es posible —dije muy pensativo—, que hayan transcurrido unos pocos años en esta época, desde la última vez que vimos a Oriana y que toda la civilización se haya desbaratado. A menos que, exagerando muchísimo las cosas, se tratase de un colosal influjo hipnótico colectivo, realizado por una raza extraña que quisiera conquistar el planeta por segunda vez.

—Entonces, esos seres extraterrestres no se molestarían en convertir a los hombres en bestias; simplemente, los aniquilarían, como sucedió entonces.

—Quizás esa raza extraplanetaria posea un código moral que le impida matar a sus semejantes.

—Es posible —murmuró Jan—. Pero aun así…, oye, por muy bajos que hubieran caído los habitantes del siglo XXXVI habrían conservado algún instrumento o utensilio de su época civilizada. No, no acabo de quedarme muy convencido con esta explicación.

—Entonces —dije—, sólo hay una solución.

Acababa de ocurrírseme una idea. Sí, aquélla era la respuesta para el problema que ocupaba nuestras mentes con tanta intensidad, que nos hacía olvidar la triste situación en que nos hallábamos.

—¿Cuál, Alois?

—Un cronoclismo.

Jan me miró con ojos de pasmo.

—¿Un… cronoclismo? ¿Quieres decir… una catástrofe cronológica?

—Exactamente.

—Provocada, ¿por quién?

Apreté los labios. A esta pregunta no podía dar una respuesta.

Jan dijo:

—Es evidente que alguien ha transformado la marcha de los tiempos. Y ha debido ocurrir hace bastantes años, porque aquí no hay rastros siquiera de ciudad alguna. Tendría que haber ruinas de edificios entre la jungla; algo, en fin, que nos dijese que tiempo atrás había habido aquí una gran ciudad. Pero no queda el menor rastro de construcciones civilizadas, Alois.

—Lo cual quiere decir que el cronoclismo, si es cierto que se

produjo, sucedió hace muchísimos años, siglos tal vez, ya que las actuales condiciones de vida están modificadas radicalmente.

—Sí, pero ¿quién provocó el cronoclismo? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Guardamos silencio. La solución parecía imposible.

De pronto se me ocurrió una idea:

—Si pudiésemos escapar de aquí…

—Eso es lo que yo estoy deseando, Alois —dijo Jan con vehemencia.

Clavé los ojos en el centinela. El troglodita estaba a media docena de pasos de distancia y nos miraba fijamente. Escuchaba con atenta curiosidad, aunque, lógicamente, no comprendía nada en absoluto de nuestro diálogo.

—Si pudiéramos escapar de aquí —repetí.

—Vamos, suéltalo, Alois —exclamó Jan—. A ti te bulle una idea por la cabeza.

—Sí, es cierto —concordé—. Escucha, parece ser que esta noche no nos harán nada. Eh centinela se dormirá, desde luego. Entonces, aprovecharemos para soltarnos las ligaduras.

—No veo cómo —respondió Jan quejumbrosamente—. Son muy fuertes.

—Ya lo pensaremos. De momento, déjame que te diga una cosa: una vez hayamos conseguido huir, buscaremos el astroyate y nos convertiremos en exploradores del tiempo.

—¿Pará qué?

—Pues para hallar el momento en que se produjo el cronoclismo y evitarlo, claro está.

Jan sopesó mis palabras. Al cabo, dijo:

—Tu proposición parece razonable. Pero ¿cómo lo piensas hacer? Mejor dicho, ¿cuándo piensas empezar?

—Te diré: en el siglo XXVII, a partir del momento en que Oriana nos devolvió al siglo XXII. Estoy seguro que fue en esa época donde se produjo el cronoclismo.

—¿Tú lo crees así?

—Bien —expresé cautelosamente—, probar no cuesta nada. Es seguro que nuestras acciones en el siglo XXII no han causado ningún daño a las épocas posteriores, porque todas se desarrollaron dentro de la nuestra. Por lo tanto, si hemos originado algún cronoclismo, tiene que ser a la fuerza en el siglo XXVII.

Jan se mostró un tanto escéptico.

—Un razonamiento un tanto empírico, Alois —dijo—. Pero no cabe tampoco otra explicación.

—Entonces, ¿estás de acuerdo conmigo?

—Chico, con tal de escapar de ser convertido en filetes, me pondría de acuerdo con cualquiera. Lo interesante, ahora, es soltarnos las ligaduras. ¿Tú crees que tendremos éxito? —Emitió un lamento—. Una vez me enviaron un folleto de propaganda para estudiar hipnotismo por correspondencia. Lo arrojé a la papelera.

—Ahora nos habrían sido muy útiles tus conocimientos hipnóticos —suspiré.

La noche llegó y las hogueras encendidas en las cuevas fueron apagándose una a una. El centinela se sentó en el suelo, sin dejar de mirarnos continuamente.

Pasaron las horas. Era lógico que el salvaje, confiando en las ligaduras, relajase su vigilancia. Por fin dobló la cabeza sobre su pecho y se puso a dormir.

Cuando yo había hablado de escapar, no lo había hecho a humo de pajas. Detrás de mí, en el poste, había notado una protuberancia de la madera, procedente de alguna rama arrancada en tiempos. El saliente tenía parte de filo y parte con los bordes irregulares, como no podía por menos de suceder si, para cortar las ramas, se usaban aquellas hachas prehistóricas. Abreviaré la relación, diciendo que una hora después de haber empezado a frotar las cuerdas que ataban mis muñecas contra aquella protuberancia, ya tenía las manos libres.

Luego me solté los pies. Después liberé a mi amigo.

Cuando ya nos disponíamos a escapar, despertó el centinela.

Jan saltó hacia él, y se apoderó del venablo, antes de que el caníbal pudiera impedir el gesto. El troglodita se había puesto en pie, pero se hallaba tan asombrado, que no era capaz de articular palabra.

—¡Quieto! —dije en voz baja—, no lo mates. Es un hombre de nuestro futuro y matarlo sería tanto como entrometernos en otra época. Déjame a mí.

Jan refunfuñó algo, pero acabó por acceder a mis pretensiones. Entonces, levanté la mano al cielo, señalando hacia el cuarto creciente de la luna.

El salvaje miró acto seguido. Aproveché la ocasión y disparé mi puño derecho contra aquella mandíbula que tan tentadoramente se me ofrecía. El caníbal cayó al suelo, sin un solo gemido.

No perdimos más tiempo; en silencio, convertidos en dos sombras fantasmales, escapamos de aquel siniestro lugar.

Mientras corría sin descanso, pensé en Oriana. ¿Podría, volverla a su primitivo aspecto… o tendría que acabar su vida como reina de aquella tribu de trogloditas?

Estos pensamientos me acongojaron sobremanera. Estuve tentado de volver sobre mis pasos en más de una ocasión, pero supe ser fuerte y resistí. Finalmente, cansados y exhaustos, alcanzamos el astroyate.

Segundos después, partíamos para recorrer nueve siglos, novecientas órbitas en sentido contrario. Era preciso volver hacia atrás las agujas del reloj de la eternidad.

CAPÍTULO XIII

omunicó Oriana su jefe el resultado de sus pesquisas.

Werthal tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—Sí, es cierto, ha desaparecido. Pero no tenemos de él la menor noticia. Desde que el inspector Jarayan lo devolvió a su época…

Oriana se sorprendió enormemente.

—¡Cómo! ¿Ha estado aquí Alois Turner?

—Sí. Llegó en su astroyate hasta nuestro siglo. Los agentes de la Cronopolicía seguían la pista de dos peligrosos espías. Mataron a uno de ellos…

Oriana escuchaba con religiosa atención el relato que le hacía el jefe del
D. I. T.

—… El espía se confundió. Vio a Alois caminando a pie por la autopista, cosa rara, y debió creer que era el colega con quien debía ponerse en contacto. Abreviando, lo llevó a su casa y entonces

intervinieron el inspector Jarayan y sus hombres.
Mataron' al
espía y devolvieron a Turner a su época. De modo que, en las dos ocasiones, tanto a la ida como a la vuelta, os habéis cruzado sin saberlo.

—Así que ahora está nuevamente en el siglo XXII.

—Efectivamente.

—Entonces, tendrá que darme permiso de nuevo para volver en su busca.

Werthal apretó los labios.

—Oriana, ahora lo considero un poco más difícil que antes.

—¿Por qué?

—Jaroyan lo devolvió a su época. Las decisiones de los inspectores de la Cronopolicía no son fáciles de rebatir.

—Pero ¡es que si Alois continúa viviendo en su época se producirá un cronoclismo! —alegó ella.

—Lo sé —respondió Werthal—. Y eso es lo que me trae preocupado, lo confieso sin rebozo. Jarayan se negará sin duda a revocar su decisión. Está en su derecho.

—Podríamos sugerirle algo al respecto —apuntó tímidamente la muchacha.

—Dudo de que consiga algo, Oriana, pero, naturalmente, no voy a ser yo quien te impida solicitar del inspector que reconsidere nuevamente su sanción.

—Bien, pero le podemos hacer ver lo que puede suceder si Alois continúa viviendo en su siglo. La viuda…

—Jarayan alegará que se puede influir indirectamente sobre los actos de Alois y la viuda a fin de que no se casen.

—No puede hacerlo —protestó ella indignada—. Sería tanto como entrometerse en las vidas de dos seres que existieron hace mil cuatrocientos años. La Cronoley le prohíbe severamente.

—También prohíbe las cronotraslaciones. Estamos empatados…

—… Y en vísperas de un cronoclismo que podría transformar la faz de la Tierra —dijo Oriana calurosamente—. Hemos de evitarlo a toda costa; los invasores extraterrestres deben asolar el planeta. De lo contrario, el descendiente de Alois los exterminará con el arma tan poderosa que descubrió.

—Eso es cierto —manifestó Werthal.

Estaba sumamente preocupado. Los dos, Oriana y el inspector tenían razón.

Era una encrucijada temporal difícil de atravesar. Hacia cualquier parte que se dirigiese, el problema parecía insoluble.

De pronto sonó un zumbador. El portamensajes lanzó un documento sobre la mesa.

Werthal lo leyó. Su semblante se cubrió en el acto de una capa de gris ceniza.

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha.

—Un grave cronoclismo está a punto de producirse en el siglo XXVII —contestó el jefe del

D. I. T.

Se inclinó hacia un micrófono y ordenó—: Páseme la grabación a mi despacho.

—Sí, señor.

Pocos instantes después se iluminaba una gran pantalla situada en uno de los muros laterales de la estancia. La escena era conocida de Oriana.

Ante sus ojos apareció el astroyate destrozado por el octópodo. El claro del bosque aparecía desierto, pero en un lugar del mismo, a pocos pasos del astroyate, se divisaba una tenue columnita de humo que se elevaba rectamente hacia el cielo.

—¡Fuego! —exclamó Oriana.

De pronto, algo brincó en la base de la humareda. Unas lenguas anaranjadas se agitaron espasmódicamente durante unos segundos. Un matorral cercano ardió de pronto como la yesca.

—Se va a incendiar el bosque —gritó la muchacha—. No podemos consentirlo, jefe. ¿Se da cuenta de lo que sucederá si arde el bosque? El astroyate quedará completamente destruido; muchos trozos de metal se fundirán; la mayor parte de sus delicados instrumentos quedarán dañados irreparablemente…

—… Y Raylson no podrá reconstruirlo y, por lo tanto, no podrá volar hasta las estrellas para dar fin a la Edad Negra —exclamó Werthal sombríamente.

Oriana se puso en pie.

—Solicito permiso para evitar el cronoclismo —dijo con solemne acento.

De pronto, Werthal exhaló un grito.

—¡Mire, Oriana!

Dos hombres acababan de aparecer en la pantalla. Inmediatamente, la emprendieron a puntapiés con las llamas. Uno de ellos, en vista de que adelantaba muy poco, arrancó unas ramas de un arbusto cercano y empezó a dar golpes contra la hoguera.

—¡Son ellos, son ellos! —gritó Oriana, estupefacta.

Werthal se puso en pie.

—¡Vamos! —exclamó—. Tenemos que verlos antes de que se marchen.

Oriana no se hizo repetir la orden. Con el corazón a punto de estallarle dentro del pecho, siguió a su jefe.

Capítulo XIV



udorosos, jadeantes, tiznados cara y manos, Jan y yo dimos por terminados nuestro trabajo. La hoguera se había extinguido y no parecía que fuese a reavivarse posteriormente.

—¿Crees que este fuego pudo haber sido el origen del cronoclismo? —preguntó Jan.

—Posiblemente —dije, aunque en aquellos momentos desconocía el resto de la contestación.

—¿Cómo pudo originarse? Que yo recuerde, no dejamos detrás de nosotros ningún objeto que pudiera provocar el incendio.

Hice chasquear mis dedos.

—¡Ahora lo recuerdo! Sí, ¿cómo se me pudo olvidar? Estaba fumando cuando Oriana nos llevó al cronomóvil. Arrojé la colilla descuidadamente y…

Me callé de pronto. La atmósfera acababa de enturbiarse a pocos pasos de nosotros.

Jan siguió con los ojos la dirección de mi mirada. Pegó un salto.

Un cronomóvil se hizo visible pocos segundos después. Dos figuras aparecieron en su interior.

La puerta del cronomóvil se abrió. Oriana saltó al suelo y corrió hacia mí.

—¡Alois! ¡Alois!

Nos fundimos en un estrecho abrazo. Sentí su corazón palpitar junto al mío y, sin cuidarme de la presencia de los dos testigos, la besé apasionadamente.

—Oriana, querida —murmuré—, todo esto me parece un sueño.

Estaba encamada, pero sonreía feliz. Su aspecto era completamente distinto; ahora aparecía fresca, limpia y fragante como una rosa bajo el rocío de la mañana.

—No, no es un sueño —contestó, apretándole contra mí.

De pronto sonó un carraspeo.

Volvimos a la realidad. Oriana se turbó un tanto, pero supo hacer las presentaciones.

Werthal me estrechó la mano con fuerza.

—Oriana está empeñada en llevarle a muestra época —manifestó.

—Por mi parte, no tengo ningún inconveniente en ello, señor —dije, enormemente feliz—. Ahora bien, ¿no causará ningún perjuicio mi cronotraslación?

—Tendremos que estudiarlo cuidadosamente —contestó el jefe del
D. I. T.
—. Sin embargo, creo que podemos consentirlo, máxime, si tenemos en cuenta que acaban de evitar un cronoclismo de consecuencias imprevisibles.

—Nada de imprevisibles —contesté vivamente—. Nosotros acabamos de tocarlas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Oriana, muy extrañada.

—Querida —dije, rodeando sus hombros con el brazo—, fui a buscarte y aterricé con mi amigo en el siglo XXXVI, pero en una época de insuperable salvajismo. Caímos prisioneros de una tribu de trogloditas caníbales y, a no ser por nuestra buena suerte, hubiésemos acabado en sus estómagos. Por cierto, tú eras la reina de esa tribu y ordenaste que se nos sacrificase al mediodía del día

siguiente.

—De modo que ése es el cronoclismo que ustedes han evitado —murmuró Werthal pensativamente.

—Supongo que sí —respondí—. Por lo pronto, apagamos el fuego que yo provoqué con notoria imprudencia al arrojar, por descuido, una colilla de cigarrillo sobre esas matas.

Los ojos de Oriana brillaron.

—¡Y, naturalmente, Raylson no pudo encontrar el astroyate intacto! Bueno —se corrigió—, por lo menos, en el estado en que ahora se encuentra.

Fruncí el ceño, extrañado.

—¿Quieres explicarme, por favor?

Oriana lo hizo así. Cuando terminó, me sentí mucho más aliviado. Nuestra llegada al bosque, en el siglo XXVII, no había podido ser más oportuna.

—Entonces —dije—, ya no terminarás siendo la reina de una tribu de caníbales.

—Ni tú devorado por mis súbditos —rió ella jubilosamente. De pronto, puso gesto serio y miró a Werthal—. No podemos permitir que se case con la viuda, jefe.

—¡Eh! —exclamé, lleno de extrañeza—. ¿Por qué he de casarme con la viuda? ¿Quién es esa dama, si puede saberse?

Werthal me aclaró las palabras de Oriana.

—De modo —dije—, que debía ser el origen de una serie de generaciones que hubieran culminado en el inventor de una super-arma.

—Así es —respondió ella.

Me pellizqué el labio.

—Si no fuera porque te quiero tanto —murmuró—. Me estremezco al pensar que todos los habitantes de la Tierra van a morir.

—Han muerto ya —me corrigió Werthal—. Los que están por ahí cuidando los rebaños de los octópodos son los descendientes de los astronautas que regresaron después de la catástrofe.

—Eso es cierto —concordé—. Pero no entiendo cómo yo, por ejemplo, he de casarme con una viuda en el siglo XXII… y luego contigo catorce siglos después, Oriana. Tampoco comprendo por qué tú, en el siglo XXXVI, has adoptado dos configuraciones físicas

tan diferentes como la de agente del
D. I. T.,
y la de reina de una tribu de salvajes trogloditas.

—Las líneas del tiempo son paralelas y divergentes al mismo tiempo —contestó Werthal en tono sentencioso—. Resulta difícil explicar y aún más de entender, pero así es.

Medité unos instantes.

—Debe ocurrir —dije al cabo—, lo mismo que cuando uno se encuentra en la confluencia de dos calles. En una hay un cine y en la otra un teatro. Uno duda a cuál de los dos espectáculos asistir, pero, al fin, se decide por la sesión de cine. ¿Qué pasaría si hubiese asistido a la función de teatro?

—La comparación es acertada —manifestó Werthal—. En realidad, usted asiste a los dos espectáculos. Pero sólo conserva la memoria de uno de ellos; no tiene la menor idea de lo que ha pasado en el otro. Y sin embargo, moviéndose en sendas líneas paralelas pero divergentes, ha estado en ambos locales. Naturalmente, lo que ocurra después de salir del cine es muy distinto de lo que sucedería después del teatro. En el primer caso, por ejemplo, se irá directamente a su casa; en el segundo, puede que se le antoje ir a cenar a un restaurante cercano. Su existencia no habrá variado apenas, pero siempre habrá una ligerísima diferencia entre los dos sectores de la misma, aunque no hiciese ninguna de las dos cosas mencionadas. Solamente con el hecho de salir del cine o del teatro ya realizaría dos acciones distintas, ¿comprende?

—Sí —dije—. De modo que, al apagar el incendio, he evitado que la civilización del siglo XXXVI caiga en una época de salvajismo.

—¿Y qué sucederá si me caso con la viuda? No se producirá la Edad Negra, porque el arma inventada por mi descendiente servirá para rechazar a los invasores extraterrestres.

—Sencillamente, nuestras existencias tomarán un rumbo distinto, como lo hubieran tomado de dejar que el fuego tomase incremento.

Volví a reflexionar unos instantes.

—¿Y qué pasaría si no quisiera ir al siglo XXXVI y sí volver al mío? Esta acción daría origen a una supercivilización, ¿no es cierto?

Werthal y Oriana asintieron a dúo.

—Entonces, los hombres del siglo XXXVI, es decir, los que viven en una época paralela, no querrán que se les modifique su historia y enviarán a alguien para obligarme a casarme con la viuda —objeté.

—No será así, porque ellos no disponen de cronomóviles; de lo contrario, ya lo habrían hecho —respondió Werthal—. Además, hay que tener en cuenta una cosa. Cuando se produce un cronoclismo y no se evita, los hechos se proyectan hacia adelante en el futuro. Pero si se evita dicho cronoclismo, los hechos retroceden rápida, instantáneamente.

—Come si alguien trazase una raya de tiza en una pizarra y luego la borrase con un trapo húmedo en sentido inverso —sugerí.

—Exactamente —aprobó Werthal—. Con lo que, extinguido el fuego, el pueblo de caníbales ya no existe. Y si usted se viene a nuestra época, dejarán de producirse los hechos que hubieran acontecido de casarse con la viuda.

—Bueno —respiré aliviado—, lo siento por ella, pero prefiero a Oriana.

La muchacha me miró cariñosamente. Vi en sus ojos que me amaba y comprendí que ya no podría vivir sin ella. Sí, tenía que trasladarme a su época.

Momentos después nos despedíamos de Jan. Mi amigo se conmovió. Sabía que ya no volveríamos a vemos, que él moriría catorce siglos antes que nosotros. Aquello era la despedida.

—Adiós —dijo, estrechándome la mano con fuerza—. Ya no volveremos a vernos más.

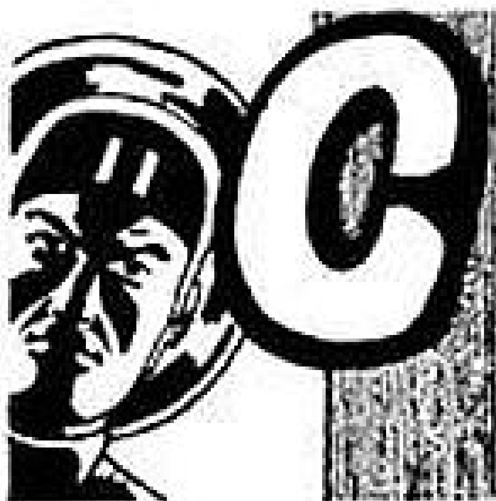
—Puedes utilizar algún día el astroyate —apunté.

Jan negó rotundamente con la cabeza.

—No tengo ganas de provocar un cronoclismo involuntariamente. —Sonrió—. ¡Hombre! Quizá me dedique a buscar a esa viudita. Sí, puede que sea una solución.

—Se llama Olga Petersen, es bastante guapa y vive en Gran Nueva York, calle 772, número 4527 —dijo Oriana maliciosamente.

CAPÍTULO XV



uando llegamos al siglo XXXVI, en el que iba a vivir ahora ya para siempre, en compañía de Oriana, tuvimos que resolver un problema.

Aunque a regañadientes, el inspector Jarayan dio su permiso para ello. Pude darme cuenta entonces de que le conocía y no precisamente del lío que había tenido conmigo cuando me creyó un espía del futuro.

La luz se hizo de pronto en mi mente cuando vi en su barbilla un hermoso moretón. Werthal le preguntó qué le había pasado.

—Me caí esta mañana de la cama —refunfuñó—. Estaba soñando que alguien me golpeaba en la mandíbula y al tratar de defenderme…

Se marchó bastante irritado. Yo me quedé confuso. ¿Cómo había podido trasladarse aquel hombre en sentido lateral en el tiempo?

Pero cuando me miré en los ojos de Oriana, olvidé todo: olvidé el tiempo, los cronomóviles, el

D. I. T.,
Werthal… Sólo estaba ella.

Ella, yo y la eternidad.

Algunas noches me despierto en mitad del sueño. Contemplo la figura de Oriana, que duerme apaciblemente a mi lado, y me parece mentira haber vivido en el siglo XXII y hallarme ahora en una época mil cuatrocientos años posterior.

«¿Qué hará Jan?», me pregunto a veces. «¿Se habrá casado con la viudita?».

No he querido averiguarlo. De común acuerdo, Oriana y yo hemos decidido no movernos más de nuestra época.

Ciertamente, a veces resulta muy peligroso querer mover las agujas del reloj de la eternidad. Dejémoslo quieto para siempre.





LA MISTERIOSA LLAMADA
DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO
DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO
DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 7 ptas.



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.